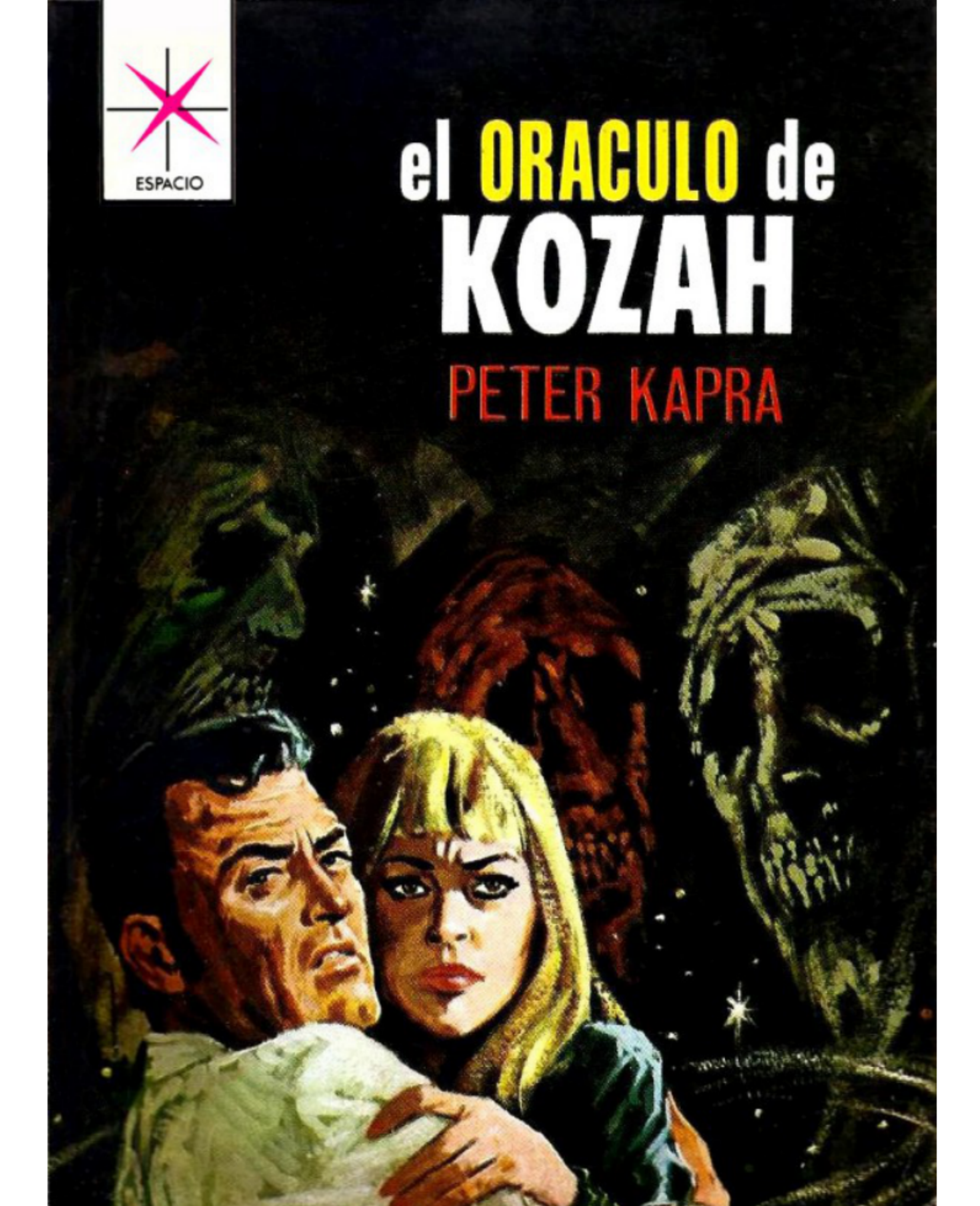

ESPACIO
el ORACULO de
KOZAH
PETER KAPRA

PETER KAPRA

«El oráculo de Kozah»

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: S. FABÁ

© PETER KAPRA -1971

Depósito Legal: B. 33.512 -1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

RAZA PRIMITIVA

A ciento ochenta millones de kilómetros de «Beta» del Centauro, y a cuarenta y medio años luz del sistema Solar, las primeras expediciones de cosmonautas terrestres descubrieron un maravilloso mundo azul, blanco y verde, semejante a la Tierra en su período pleistocénico y habitado por tribus semisalvajes y primitivas que vivían a orillas de grandes lagos, en toscas de ramajes, techos inclinados, de un material parecido a la pizarra, y se alimentaban de la caza, la pesca y de frutos que les proporcionaban los árboles.

La primera expedición estableció contacto con la tribu de los «ulmos», seres antropoides inteligentes, muy semejantes a algunas tribus indias, ya desaparecidas, de América, y que vivían en un régimen de perfecta anarquía.

A los expedicionarios terrestres les extrañó que no tuviesen un jefe o patriarca para dirigirlos. En el resto de aquel mundo exótico, las otras tribus que conocieron después se regían por el mismo sistema anárquico.

Pronto supieron, sin embargo, que tal anarquía era sólo aparente. La tradición era su única forma de gobierno. Obedecían unas leyes no escritas, que se transmitían de padres a hijos.

Al principio, sólo fue un simple contacto. Los expedicionarios se llevaron consigo algunos de aquellos seres, para estudiar su lengua y costumbres. Años más tarde, la astronave «Ibis-Z-606», tripulada por ciento cincuenta hombres y mujeres, arribó de nuevo a Kozah, como ya sabían que se llamaba aquel planeta, y estableció la primera base permanente de investigación.

De la noche a la mañana, del vientre de la enorme espacionave surgieron máquinas de todas clases, vehículos terrestres, aéreos y marítimos, cajas con instrumentos, bloques y viviendas prefabricadas, y todo cuanto pudieran necesitar ciento cincuenta personas en un mundo enteramente distinto al suyo.

Los asombrados «ulmos» vieron llegar primero a dos de sus antiguos congéneres, ahora vestidos con las extrañas ropas de los terrestres y hablando el idioma de sus nuevos amigos, acompañados por una embajada, de la que formaba parte el joven filólogo Stef Bulkan, además del coronel Cargrave, jefe de la expedición, entre otros.

Uno de los «ulmos» intérpretes, llamado Xuzit, saludó a sus hermanos de tribu y les habló en su lengua. Es obvio afirmar que Stef Bulkan siguió con suma atención aquellas palabras.

—«Ulmos» de Kozah, soy Xuzit, hijo de Dexlos. Todos me conocéis. Me fui con los navegantes del cielo. He vuelto. He visto su mundo y sus ciudades. He aprendido su lengua y he enseñado la nuestra.

»Ahora los terrestres vuelven para conocernos mejor. Quieren estudiar nuestras selvas, nuestro suelo, cazar y conocer a los animales salvajes,

navegar en los lagos y en los mares y estudiar los peces.

»Los hombres que me acompañan son muy sabios y desean ser amigos nuestros. Os traen regalos muy valiosos. Nos darán medicinas mágicas que curarán nuestras enfermedades y nos enseñarán sus conocimientos.

»Este es un gran día para la tribu de los «ulmos», porque los hombres de la Tierra vienen para ser amigos y enseñarnos todo lo que ellos saben, que es mucho, muchísimo.

Xuzit se volvió y miró a Stef Bulkan, como preguntándole, con la mirada de sus ojos grises, si lo estaba haciendo bien. Stef asintió, sonriéndole.

— Después, los terrestres se comunicarán con las otras tribus de Kozah, a las que hemos de llevar nosotros mensajes de su llegada. Quieren ser amigos de todos nosotros. Vienen como amigos y debemos amarlos y respetarlos. Si fuesen enemigos y nos quisieran mal, poseen armas maléficas que nos matarían a todos en un instante. Pero me han asegurado que no emplearán sus armas contra nosotros.

Más de dos mil nativos se habían reunido en la explanada donde celebraban sus fiestas, para recibir y escuchar a los hombres del cielo. Nadie hablaba. Sus cuerpos medio desnudos, velludos como osos, ofrecían un aspecto extraño a los ojos de los visitantes terrestres.

Pero eran seres humanos y entendían el lenguaje de Xuzit. Muchos llevaban azagayas y lanzas. Otros empuñaban los mangos de los cuchillos con hoja de acero que recibieron como regalo de los miembros de la primera expedición. Los habían probado en la caza y sabían que eran armas excelentes.

Los que todavía no tenían cuchillos confiaban en que, después de discurso de Xuzit, serían obsequiados con aquellas preciosas armas.

Xuzit continuó su discurso:

—Van a construir sus casas cerca de aquí y se van a quedar a vivir mucho tiempo. Esto es bueno para nosotros, porque aprenderemos sus costumbres y conoceremos sus máquinas.

»La nave espacial en la que hemos venido se irá dentro de algún tiempo, pero regresará más tarde, con otros terrestres. Y los que desean ir con ellos, a conocer la Tierra, en número de diez veces diez, pueden hacerlo.

»Este intercambio nos será provechoso... ¿No entendéis todos mis palabras? Bueno, no importa. En los días que vendrán, después de éste, Mazki y yo os lo explicaremos todo mejor.

» No temáis nada, ni por vosotros, ni por vuestras mujeres, y menos por vuestros hijos, porque los terrestres quieren mucho a los niños.

Inmediatamente procedieron a repartir regalos. Los «ulmos» se precipitaron sobre los miembros de La comitiva, con las manos tendidas. Stef repartió espejos de cromolina, cuchillos de caza, golosinas y prendas de ropa, como hicieron sus compañeros.

Y se sorprendieron todos del orden con que actuaron los «ulmos», sin empujarse unos a otros, con presteza pero sin alboroto, como si supieran de

antemano que serían obsequiados. Y lo más extraño fue que, como no había regalos para todos, los que se quedaron sin ellos se retiraron sin gestos hostiles, curioseando en torno a los que habían recibido algo, sin envidia ni resentimiento.

—Tenías razón, Xuzit —dijo Stef Bulkan al «ulmo»—. Tus paisanos no se han enojado al quedarse sin regalos.

— Nosotros no esperamos nada, doctor Bulkan —replicó el nativo—. Si nos lo dan, lo aceptamos; si no, nos conformamos.

—¿Y qué piensan de nosotros? —insistió Stef.

— Piensan que sois algo que tenía que venir. Todo lo que ocurre es natural. Si habéis venido a vernos, es porque podéis hacerlo. En alguna parte debe estar ese designio. Como no sabemos la razón de la vida, ni de nada de cuanto nos rodea, obedecemos las leyes que nos enseñaron nuestros padres.

—¿Lo aceptáis todo con serenidad?

—Sí.

* * *

La colonia terrestre, que recibió el nombre de «Ibis-Z», en recuerdo de la espacionave que los trasladó allí, se instaló rápidamente. Cortaron árboles, montaron los edificios de una sola planta, conectaron las instalaciones subterráneas de luz, agua, videófonos y energía fotónica, y los científicos pudieron, al cabo de una semana de su llegada, iniciar sus trabajos exploratorios y de investigación.

Los vehículos aéreos realizaron reconocimientos y tomaron fotografías. Mientras, los geólogos descubrieron los primeros yacimientos de mineral, pues Kozah era un planeta rico en metales.

Cada científico poseía su propio laboratorio. Y desde el botánico, hasta el ictiólogo, pasando por el zoólogo, el biólogo, etc., todas las ciencias tenían allí su representación.

Una de las labores más importantes la realizaba Stef Bulkan, porque sus estudios lingüísticos, iniciados en la Tierra, servían para que los otros científicos pudieran entenderse con los nativos. Otra importante misión era referente a la medicina, a cargo de la joven doctora Wilma Beilamy, descendiente de una prestigiosa familia de médicos norteamericanos de quienes había heredado extraordinarios conocimientos científicos.

Wilma y Stef habían intimado mucho durante el viaje por diversas razones, en nada relacionadas con sus respectivos trabajos. Ambos eran jóvenes —él, unos años más que ella — , solteros, estaban ilusionados con la expedición a Kozah, una gran oportunidad de conocer un mundo enteramente nuevo, y cuya experiencia les sería muy útil cuando regresaran a la Tierra.

Por otra parte, Wilma Beilamy era una mujer bonita, esbelta, muy femenina y de facciones regulares y sugestivas, que no desagradaba en absoluto a Stef.

Ambos pidieron al coronel Cargrave que sus viviendas estuviesen juntas.

Y el comprensivo coronel accedió, intuyendo los motivos que podían traducirse en la primera boda celebrada en Kozah. Y, como debían permanecer dos años allí, posiblemente recibiesen el fruto del primer nacimiento terrestre en un mundo extraño.

Stef albergó en su vivienda a los dos nativos, Xuzit y Mazki, con quienes pasaba el tiempo conversando y anotando en sus grabadoras y libros todos los signos nuevos y palabras que los «ulmos» le iban facilitando.

Una de las tareas a que se dedicaban los dos «ulmos» era la de recoger plantas, insectos, pequeños animales, piedras, peces, pájaros, etc. y llevárselos a Stef, quien clasificaba aquellas especies y aprendía su nombre.

— Esto es «kik» — decía Xuzit, y mostraba un pajarito enjaulado.

— Y eso es «sarg» — decía Mazki, señalando una extraña planta que habían traído.

Habían miles de cosas que clasificar. Todo tenía un nombre. Y cuando los nativos ignoraban el de alguna cosa, Stef indagaba pacientemente en el poblado «ulmo» donde hablaba si era preciso.

Así supo, a los pocos días de vivir en «Ibis-Z», que en el poblado «ulmo» vivía un anciano, al que una larga enfermedad tenía postrado sobre su cama de hojas de «klamk», siempre esponjosas y de color.

El anciano se llamaba Jukma y era muy querido y respetado por todos los miembros de la tribu, pues en otros tiempos sus conocimientos le habían permitido curar enfermedades. Le cuidaban dos mujeres que vivían en chozas, junto a la suya, y cuyos esposos cazaban y pescaban para que al anciano no le faltasen alimentos.

Una tarde, Stef invitó a la doctora Wilma a visitar al viejo Jukma.

— Me ha dicho Mazki que es tan viejo como Matusalén. Puede que tú sepas qué enfermedad padece. Quiero hablar con él, porque tengo más de veinte plantas, animales y piedras cuyo nombre «ulmo» desconozco.

Wilma tomó su botiquín y subió al coche de Stef. Detrás de ellos se sentó Mazki, a quien agradaba mucho viajar sentado en un cómodo asiento de tetravinilo.

En pocos minutos llegaron al poblado «ulmo», donde les saludaron como ya era habitual, con cortesía, pero sin rodearles o interceptarles el paso. Los «ulmos» sólo acudían cuando Stef o algún terrestre los llamaba.

Las mujeres «ulmas» se cubrían desde el cuello hasta las rodillas, con ropas fabricadas con hojas parecidas a palmas anchas. No eran tan velludas como los hombres y sus facciones parecían más dulces.

Wilma sonreía a derecha e izquierda. A las mujeres nativas les llamaba extraordinariamente la atención el atavío de la mujer de los cabellos de oro, que consistía en la mínima expresión de una falda plateada, un cinto del que pendía el arma electrónica obligatoria de todos los expedicionarios, capaz de abatir a un brontosaurio de un disparo, y un corpiño semitransparente de color azul muy abierto, que no ocultaba absolutamente nada de su busto redondo y perfecto.

Wilma se maravillaba del modo cómo aquellas mujeres llevaban a sus hijos, sujetos a las caderas con tiras vegetales. Y había alguna que hasta se los colgaba del pecho, ocultando sus negras cabecitas entre las hojas de sus ropajes.

Los hombres, en cambio, se cubrían sólo con taparrabos muy toscos de lianas entretejidas, porque no sabían utilizar las pieles de los animales muertos.

— Hay que enseñarles muchas cosas, Stef —dijo Wilma, señalando a los nativos que estaban en cuclillas delante de sus chozas—. Viven como los hombres más primitivos.

—Son seres primarios, Wilma. Gracias a nosotros, van a sufrir una increíble transformación. Pero como opina el coronel Cargrave, no debemos precipitarnos. Todo llegará a su debido tiempo.

Mazki les indicó el camino hasta la vieja choza del anciano Jukma, ante cuya entrada detuvieron el coche «todo-terreno» que conducía Stef.

Descendieron y Mazki entró primero, para hablar con el anciano enfermo. Luego, salió y dijo a Stef:

— Puedes pasar. Serás bienvenido, sabio que habla nuestra lengua. Pero Jukma no quiere que la mujer médico le examine.

Wilma se enfadó al oír aquello.

—Yo puedo aliviar sus males.

—Jukma conoce sus propios males. Y sabe que no hay remedio para ellos. Vive ya mucho tiempo fuera de su vida normal. Debía estar muerto y vive. Dice que es deseo de Dimrakiwa, que le conserva para castigar su curiosidad.

Stef era la primera vez que oía el nombre de Dimrakiwa. Y se interesó por ello.

—¿Qué significa Dimrakiwa, Mazki?

El «ulmo» pareció asustarse ante la pregunta.

— No puedo decirte nada... Es sagrado... Lo siento, «Setif»; no me preguntes sobre Dimrakiwa.

— Está bien, Mazki. Ignoraba que hubiese supersticiones entre vosotros. Y eso es muy interesante. El profesor Marx trata de averiguar en qué consisten vuestras creencias. Permanecerá ocioso todo el tiempo que estemos aquí si no encuentra supersticiones y tabúes que estudiar.

Entraron en la choza de Jukma y contemplaron al anciano, cuyo aspecto era de haber vivido mil años. Los ojos apenas si se le veían en el fondo de las cuencas. La piel aparecía arrugada y blanca, los labios completamente exangües, y las manos no podían ser más esqueléticas.

Sin embargo, sobre un pedestal de piedras planas tenía recipientes de diversos alimentos, que podía alcanzar sin moverse, de su postrada postura.

— Ellos son «Setif» Bulkan, el sabio que estudia nuestra lengua, y la doctora Wilma Bellamy, que cura las enfermedades del cuerpo.

Mazki habló en voz baja, casi sin entonación, Jukma agitó la mano derecha, en señal de saludo, y dijo con voz cavernosa:

— Sean bienvenidos, hombre y mujer del cielo... ¿Cómo se llama vuestra tribu?

Stef sonrió y contestó:

— Nuestra tribu está en un mundo llamado la Tierra, a muchos días de aquí, viajando en el vacío del espacio, en máquinas que sobrepasan la velocidad de la luz.

— ¡Qué palabras más extrañas las tuyas, extranjero! ¡Jamás las había oído así reunidas! Son palabras de nuestra lengua, lo que indica que has estudiado en la boca de Mazki. Yo he vivido con otras tribus y tardé tiempo en aprender su lengua.

— Poseemos medios técnicos para el estudio de las lenguas, Jukma. Precisamente he venido a verte porque tú podías ayudarme a conocer cosas, cuyos nombres ignoran Mazki y Xuzit.

— Mis ojos están muy apagados, extranjero. Casi no veo. ¿Qué puedo decirte de cosas que mis ojos no contemplan?

— Dispongo de una potente luz que ayudará a tus ojos —dijo Stef, sacando una linterna positrónica de la caja metálica donde había traído las especies sin clasificar.

La intensa luz hizo parpadear al viejo Jukma, quien musitó algunas palabras extrañas, como si quisiera evitar el conjunto maligno de la luz.

—¿Qué estás diciendo? ¿En qué lengua hablas? —le preguntó Stef.

— Perdona, extranjero... Me he asustado... Dimrakiwa será piadosa conmigo y me hará morir pronto. No sirvo ni para ver el sol de cerca, yo, que fui loco y temerario y entré en la tumba de la diosa viviente.

— ¡No digas eso! —exclamó Mazki, asustado.

Jukma cerró la boca y Stef se volvió a Mazki, diciéndole:

— Será mejor que vuelvas al coche y te sientes, Mazki. Jükma y yo hablaremos mejor sin tu presencia.

Como un perrito apaleado, Mazki bajó la cabeza y salió de la choza dejando a la pareja terrestre delante del anciano.

— Por favor, Jukma, dímelo. ¿Quién es Dimrakiwa?

—Te lo diré, extranjero. Tú no eres de nuestro mundo y su maleficio no te alcanzará. Yo tengo que descargar mi conciencia y no puedo hablar con los «ulmos», porque me abandonarían.

—¿No eres «ulmo» como ellos?

— No. Nací en una tribu, muy lejos de aquí... Soy «ularso»... Mi tribu fue exterminada por la furia de Dimrakiwa, y sólo yo he sobrevivido, porque ella me dijo que hay más castigo en la existencia que en la misma muerte.

Stef quedó sorprendido al oír aquello. Y temiendo haber comprendido mal, se hizo repetir aquella parte del relato, lo que Jukma hizo inmediatamente, para luego continuar:

—Dimrakiwa significa voz de la montaña Aki. En otras lenguas se dice «la-mujer-enterrada-en-vida» en Aki, o simplemente, el oráculo de Kozah, ante cuya voz se postran todos los hombres y mujeres de este mundo nuestro.

»Fue Dimrakiwa quien nos dijo cómo debíamos vivir, lo que debíamos hacer y lo que no debíamos hacer, porque antes de yo nacer, las tribus luchaban unas contra otras, los hombres se mataban como se mata a las fieras.

»Pero desde que Dimrakiwa habló, todo ha cambiado y Kozah no es como era antes.

—¿Y dónde está esa montaña, Jukma?

— Muy lejos de aquí. La cubren siempre las nubes, para que no se vea la Piedra Sagrada.

— ¡Cielos! —exclamó Stef—. ¡También existe la religión en Kozah! ¡El profesor Marx tenía razón; no existe pueblo o raza que carezca de dioses! ¿Por qué me lo han ocultado Xuzit y Mazki?

CAPITULO II

EXPEDICIÓN AL MISTERIO

Durante el regreso a la colonia terrícola, Stef Bulkan amonestó a Mazki, que estaba en su asiento con expresión compungida.

—Tú siempre me has dicho que no tienes más creencia ni ley que las instrucciones recibidas de tu padre.

— ¡Es cierto, «Setif»; no te he mentido! ¡Nosotros no podemos mentir!

— Pero cuando yo te pregunté si adorabais algo, dijiste que no. ¡Y eso es falso! ¡Jukma me ha contado que adoráis la voz de la montaña de Akil

— ¡No, te lo juro! Eso no es más que una leyenda, de la que se habla en susurros, en torno a los fuegos del poblado. Es una... ¿cómo se dice...? Superstición, eso. Pero nadie la cree, porque jamás hemos oído esa voz. Ni siquiera sabemos dónde está la montaña de Aki.

—Jukma lo sabe.

— El es muy viejo. Pero su mente desvaría, «Setif». No debes hacerle caso.

— ¡A ti es a quien no te hago caso, Mazki! Estoy muy enfadado por la falta de confianza que me has demostrado. Y debes pensar que nosotros no hemos venido aquí a causaros ningún daño, sino todo lo contrario. Queremos ayudaros a vivir mejor y a salir de la oscuridad histórica en que vivís.

Wilma contemplaba a Mazki, vuelta en su asiento. Stef, conduciendo, no podía ver al nativo, que se encontraba muy abatido.

—No te aflijas, Mazki —observó Wilma — . Supongo que has debido tener tus razones para no hablar de esa cuestión. Pero el doctor Marx es un sabio y afirma que en todas las razas del universo existe una religión. Vosotros lo habéis negado.

—No mentí al decir que nosotros no adoramos a nadie —dijo Mazki.

Estaban ya en la colonia terrestre, y Stef detuvo el vehículo ante su vivienda. Xuzit, que les vio llegar, se asomó a una ventana y gritó:

— ¡Ya tengo el «grop», «Setif»!

Posiblemente, el nativo iba a decir algo más, pero, al ver la expresión de abatimiento de su compañero, apretó los labios.

—Venid los dos a mi despacho —ordenó Stef—. Quiero hablar con vosotros. Ven tú también, Wilma.

Acompañado de la joven y atractiva doctora, y seguido de los dos «ulmos», el filólogo penetró en su despacho, cuyos anaqueles de vitrex estaban empezando a cubrirse de objetos y cajas transparentes.

Las butacas ortoanatómicas, distribuidas por el lugar, acogieron a Wilma, Mazki y Xuzit. Stef se sentó detrás de su mesa y preparó una grabadora ultramagnética. Todo cuanto se dijera o se hiciese quedaría registrado en un alambre ferro fluórico. Las imágenes que reproducía aquel procedimiento eran de un colorido natural prefecto. El sonido se capturaba sin necesidad de

acercar micrófono alguno a los labios de los dialogantes.

—Quiero que sepáis lo que me ha dicho Jukma —empezó diciendo Stef, muy serio—. En alguna región de Kozah, hay una montaña cubierta de nubes perpetuas, donde mora una diosa, llamada Dimrakiwa, a la que nadie puede ir a molestar, porque dio instrucciones a vuestros antepasados sobre cómo debíais vivir en paz con vuestros semejantes.

»Jukma afirma haber sido castigado con una larga existencia, porque la vida es un castigo peor que la muerte, debido a que trató de acercarse al monte Aki.

»Jukma es muy viejo, está sumamente cansado y desea morir. Pero el maleficio que pesa sobre él se lo impide. Y eso no es natural. La muerte vence siempre a la vida. Ese anciano tiene derecho a descansar en paz, de lo contrario su espíritu se consumirá con él.

»Nosotros no sabemos qué misterio se esconde en el monte Aki, pero no somos supersticiosos. Si lo fuésemos, no habríamos salido de nuestro mundo, donde estaríamos aún viviendo en la ignorancia. No somos dioses, sino hijos de Dios, el Único, el Universal; todos los demás dioses son ficticios, falsos, inexistentes.

»Por lo tanto, hemos de desentrañar el misterio que rodea esa superstición, y tenéis el deber de ayudarnos, como nosotros lo tenemos de ayudar a toda raza inferior a la nuestra. Así nos lo exigen nuestras leyes humanas, y así lo cumplimos.

Después de este discurso, Stef hizo una pausa, durante la que estuvo estudiando a los dos nativos de Kozah, quienes estaban cabizbajo. Stef observó que Xuzit miraba de reojo a su compañero, como preguntándole a que venía todo aquello.

Xuzit, por favor, háblame de Dimrakiwa. Creo que tú eres más inteligente que Mazki.

Mazki alzó vivamente la cabeza.

— ¡No es cierto, «Setif»! —exclamó—. Xuzit no es más inteligente que yo. Somos iguales. Pero nos está prohibido mencionar ese nombre.

— Según Jukma, vuestros antepasados, a los que afirma haber conocido y convivido con ellos, eran muy belicosos. Siempre estaban enzarzados en sangrientas luchas, hasta el extremo que la tribu «ularso», a la que pertenecía Jukma, fue exterminada totalmente.

»Pero surgió la voz de Aki, cuyo poder hacía temblar el suelo, y todos los habitantes de Kozah cambiaron de modo extraordinario, dejando de atacarse unos a otros y aceptando la sumisión más perfecta que nosotros hayamos conocido jamás.

»Eso, que parece increíble en otros mundos, es aquí realidad. Vosotros carecéis de caciques o jefes. Todos cumplís un deber familiar, criando a vuestros hijos, y otro deber cívico, respetando a vuestros semejantes.

»¿Os fue impuesto todo eso por vuestros antepasados?

— Sí —contestaron Xuzit y Mazki, al mismo tiempo.

—¿Y no es más cierto que la voz de Aki lo impuso a vuestros antepasados?

— Sí —respondió ahora sólo Xuzit.

— Por tanto, tenéis una religión, un deber sagrado que cumplir, relacionado con vuestra forma de vida, ¿no es cierto? —insistió Stef, casi triunfante.

— Bueno... Pero nosotros no conocemos a Dimrakiwa. No hemos mentido al decir que la ley se transmite de padres a hijos. Nosotros sólo hemos de cumplirla fielmente.

—Atiende, Xuzit. Otra pregunta. Pero antes hemos de establecer un concepto exacto del tiempo. En el Instituto Racial, de Cumbre, allá en la Tierra, establecimos que tú cuentas treinta y dos años solares, y Mazki, veintinueve. O sea, los mismos que yo, y cuatro más que la doctora Bellamy.

—Sí —afirmó Xuzit—. Yo tengo treinta y dos años de vuestro ciclo solar y doce del nuestro, porque Kozah emplea más tiempo en dar la vuelta a nuestro sol.

— Perfectamente —dijo Stef, sonriendo—. Veo que lo has aprendido bien. Ahora, mi pregunta es ésta: ¿Cuántos años tiene Jukma?

— No lo sé, «Setif»... Muchos, muchísimos años. Yo no había nacido cuando él ya vivía entre los «ulmos».

—¿Había nacido tu padre?

— No, tampoco. Jukma vivía ya antes de que nacieran los terceros o cuartos padres de mi padre.

Stef calculó rápidamente mientras Wilma se interesaba extraordinariamente por la cuestión.

—O sea que puede tener más de quinientos años... Cinco veces ciento.

—¿Ciento...? ¡Ah, diez veces diez! Y cinco veces ciento... Puede que Jukma tenga muchos más.

—¿Mil años? —preguntó Stef, incrédulamente.

— Nosotros no contamos el tiempo como vosotros, ni anotamos los días. Pero si los árboles lo hacen, según me dijo el doctor Zohn, sé que nació un árbol, cerca del poblado, cuando llegó Jukma. El trajo la semilla de la tribu «ularso». Se trata del «babek» de corteza roja, cuyos frutos dulces no se extinguen nunca. Ahora hay otros «babek», en torno al poblado. Pero el primero lo trajo Jukma. Pienso que se podría cortar el tronco y los círculos nos dirán los años que tiene.

Stef miró a Wilma y ambos sonrieron.

—Se lo diré a Miles Zohn —dijo Wilma—. Será curioso conocer la edad de Jukma, por el árbol que plantó al venir con los «ulmos».

* * *

Enry Marx, historiador, etnólogo, teólogo y erudito en religiones extrañas, era un hombre que, por muy pocos meses, había podido formar parte de la expedición mandada por el coronel Cargrave. Para viajar al alto espacio, era

preciso tener más de veinte años y menos de cuarenta.

De nada habrían valido sus extensos conocimientos, si Henry Marx hubiese cumplido los cuarenta años. No habría podido salir del Sistema Solar. Pero tenía treinta y nueve años, y le faltaban tres meses para los cuarenta. Supo acogerse a la ley y se le aceptó.

Era alto, bien parecido, dinámico y poseía un poder persuasivo extraordinario. Se decía que, desde el primer momento, «se metió al coronel Cargrave en el bolsillo», y casi siempre estaban juntos.

En realidad, Jeff Cargrave tenía una fe ilimitada en el erudito y procuraba no dar un solo paso sin consultar con él.

Cuando Stef fue a ver al coronel, acompañado del botánico Miles Zohn, Enry Marx estaba allí, sentado en una butaca del despacho de Cargrave.

— Parece que han descubierto ustedes algo interesante —fue lo primero que dijo el coronel Cargrave sonriendo.

— ¡Algo que me resisto a creer, coronel! —replicó Miles Zohn, con énfasis.

— Sí, es increíble, nosotros lo rechazamos de plano, ¿verdad, Enry?

— Escuchemos, Jeff. Nunca se sabe lo que puede haber de interesante detrás de las cosas increíbles.

— Pues me alegro de verle aquí, doctor Marx —agregó Stef—, porque en el caso que venimos a informar, hay matices de superstición pagana.

Enry Marx se incorporó vivamente.

— ¡Estaba seguro! Y pensaba verle a usted uno de estos días, porque sus conocimientos lingüísticos me son precisos. Cuenten, cuenten, queridos amigos.

Stef Bulkan resumió todo lo que había averiguado acerca de Jukma. Habló del monte Aki y del oráculo de Kozah, y luego concluyó:

— Parece confirmarse que el «babek» plantado por Jukma, al llegar a la tribu «ulmo», es un testimonio irrefutable. Numerosos miembros de la tribu así lo afirman. Ellos no conocían el «babek» hasta que llegó Jukma. Y esa es una de las razones por la que le quieren, no siendo de la tribu.

— Hemos cortado el «babek» —añadió Zohn—. He analizado el tronco con todo cuidado... ¡Y la antigüedad de ese árbol es de más de diez mil años!

Jeff Cargrave y Enry Marx quedaron boquiabiertos.

—¿Y vive todavía el hombre que lo plantó?

—Sí. La doctora Beilamy, con varios biólogos más se encuentra ahora en el poblado. Piensan traer aquí a Jukma para estudiarle más de cerca. Su encefalograma debe ser importantísimo.

El doctor Marx todavía dejó escapar un silbido de admiración, antes de exclamar:

— ¡Dios mío, diez mil años! ¿Terrestres o de Kozah?

— He realizado la conversión. Me refiero a nuestro tiempo oficial —afirmó Miles Zohn, muy serio—. Sin embargo, no tengo la certeza, ni mucho menos, de que ese árbol fuese plantado por el anciano Jukma.

— ¡Parecerá una momia! —exclamó Cargrave.

— Una momia viviente, desde luego —afirmó Stef.

— He ahí un individuo, condenado a vivir eternamente, por la voz de una montaña. ¿Quién dijo que estas tribus no eran religiosas?

— Eso fue lo que obtuvimos de los interrogatorios. Los nativos parecen querer olvidarse de Dimrakiwa y se limitan a cumplir las leyes que les mandaron. Hace muchas generaciones que viven así, en paz.

— Me gustaría conocer el informe de la doctora Beilamy acerca de ese anciano —dijo Enry Marx—. Otra cosa, ¿cómo saben los nativos «ulmos» que Jukma plantó ese «babek», si ellos nacieron muchísimos años después?

Fue Stef Bulkan quien respondió:

— Esa historia parece haberse transmitido de padres a hijos durante muchas generaciones. Unos dicen que pudo haber ocurrido entre quinientos y mil años; otros están seguros que fue mucho más. Pero el «babek», si fue plantado por Jukma, es el mejor testigo.

»Desde luego — continuó diciendo el filólogo— sugiero una exploración de este planeta y un reconocimiento de todas las montañas cubiertas de nubes...

— ¡Pues sólo hay una! —exclamó Jeff Cargrave inclinándose sobre su videófono y pulsando un conmutador—: Mina, por favor, tráeme la cartografía aérea de Kozah. La copia que nos facilitó la sección geofísica.

Pocos instantes después, la bella ayudante de Cargrave trajo un proyector, el cual hizo funcionar el coronel, proyectando rápidas imágenes sobre una pantalla, hasta detenerse en una panorámica, especie de antigua diapositiva, que mostraba con todo detalle un impresionante paisaje de una especie de meseta circular, de la que ascendía al cielo una montaña cuya cumbre aparecía cubierta de nubes, como un penacho blanco de gases protectores.

— ¡Eso puede ser el monte Akil —exclamó Stef.

Al pie de la proyección había impresa una clave de identificación. El coronel Cargrave la tradujo.

— Ese lugar se encuentra a ocho mil kilómetros de distancia de aquí. Pero podemos ir allí en un «aircraft».

— ¿Y escalar esas rampas? —preguntó el botánico Zohn, impresionado —. Parece una montaña completamente lisa, de tres kilómetros de altura.

— Podemos posarnos en la cumbre... Aunque, si observan bien esta ladera... ¿no les sugiere esto una especie de escalinata?

Era Enry Marx quien se había acercado a la proyección y señalaba una línea apenas visible en la fotografía y que iba desde la meseta hasta la cumbre, perdiéndose en las nubes.

— El «aircraft» puede encontrar algún sitio donde posarse —añadió Cargrave—. Si no lo hubiere, se debe reconocer detenidamente ese lugar.

—¿Accede usted, pues, a una exploración del monte Aki, señor? —preguntó Stef.

— Desde luego, Bulkan. Y usted será uno de los expedicionarios. — El

coronel Cargrave sonrió—: Si la montaña habla, no creo que lo haga en nuestra lengua.

—¿Puedo ir yo también, Jeff? —preguntó el profesor Marx.

— Por supuesto, Enry. Irá también el geólogo Spurr y...

— Me gustaría que viniese la doctora Bellamy —medió Stef.

—También. Me parece muy acertado. Un médico es necesario en esa clase de expediciones. ¿Cuándo van a partir?

—Cuanto antes, señor —dijo Stef—. Creo poderlo tener todo preparado para pasado mañana.

— De acuerdo. Daré las órdenes a la sección de transporte aéreo. Lleven material de escalada, equipos termógenos, alimentos, agua... En fin, todo lo que sea necesario.

Al terminar la reunión, el botánico Miles Zohn volvió a sus actividades, pero Enry Marx quiso acompañar a Stef al hospital, donde se estaba sometiendo al longevo Jukma a un detenido reconocimiento.

Y Marx tenía muchas cosas que hablar con Stef.

En el laboratorio de medicina, Wilma Bellamy, ataviada con una corta bata blanca, salió a recibirles. Saludó a Marx y luego dijo:

—Ahora le están sometiendo a un estudio encefalográfico profundo. Germain pretende volver su mente al revés. Por lo que a mí respecta, puedo afirmar que su morfología es insólita. Posee una milésima de vitalidad en comparación con nosotros, pero su corazón late y su cerebro rige. Sin embargo, es incapaz de moverse por sí mismo, y no creo que reaccione a una revitalización energética.

—¿Un cadáver viviente? —preguntó Enry Marx.

—Casi.

—Oye, Wilma. Hemos decidido hacer una exploración al monte Aki. El coronel Cargrave te ha nombrado médico de la expedición.

—¿Una expedición al misterio? —Inquirió ella, sonriendo— ¿Qué esperas encontrar allí?.

— No lo sé. Tal vez detrás del penacho de nubes, se oculte algo. Hemos visto una panorámica del lugar, tomada por la sección de cartografía aérea, hemos creído descubrir algunos detalles significativos, que le dan aspecto, según el profesor Marx, de montaña sagrada.

— ¿Nos hablará la diosa de Kozah?

—Sería muy interesante —afirmó Marx—. Tal vez repita para nosotros las mismas leyes de política social por las que se rigen estas tribus. Y, en caso de desobediencia por nuestra parte, el castigo es la longevidad, lo cual constituye un modo sencillo de encontrar lo que tantos médicos han estado buscando desde el principio de los siglos.

Enry Marx, sonriendo, fue a examinar los resultados de las pruebas hechas al anciano, mientras Wilma y Stef salían a una terraza inmediata.

—¿Has pedido tú que vaya, Stef?

-Sí.

—Gracias. Pero no me gusta el profesor Marx. Su aire de sabiduría suprema me abruma. Además, me mira de un modo... descarado.

— No le hagas caso, Wilma. Es muy amigo del coronel Cargrave. Le interesa el asunto desde el punto de vista teosófico. No creo, sin embargo, que llegue a molestarte. Si lo hiciera, se encontraría conmigo.

Wilma sonrió a Stef y le apretó amistosamente el brazo.

—Todos los miembros de la expedición suponen que tú y yo estamos prometidos.

Stef sonrió agradablemente y dijo:

—¿No sería una buena idea, Wilma?

— ¡Oh, me encantaría mucho!

CAPITULO III

LA VOZ DE LA MONTAÑA

Dax Winner, capitán piloto de la «aircraft» auxiliar de exploración, señaló hacia la densa masa de nubes blancas que rodeaban la cumbre, en torno a la que volaban sin ruido alguno.

— Podemos estrellarnos si entramos ahí sin saber lo que nos espera.

— ¡Y parece cubrir un área mayor de la que suponíamos! — exclamó Wilma Belamy, que estaba sentada inmediatamente detrás del piloto.

—¿Por qué no lanzas una sonda electrónica, Dax? —preguntó Enry Marx.

Dax asintió. Inmovilizó el aparato por medio de los antigravitores, y procedió a enviar una serie de ondas invisibles, que se reflejaron en una pantalla de radar.

El único que guardaba silencio era Stef Bulkan, mientras contemplaba a través del cristal panorámico del aparato la masa nubosa, de indiscutible belleza, que tenía delante. Pudo también ver la mole, casi hexagonal, que tenía debajo, y cuyo aspecto distaba mucho de parecer obra de la naturaleza.

Lo había hecho resaltar poco antes, diciendo:

»—Más bien parece una pirámide aguda, sobre un pedestal rocoso, que una montaña obra de la naturaleza.

»—Nadie en Kozah puede haber construido un monumento así —fue la respuesta de Marx—. Hemos establecido contacto con una civilización muy primitiva.

Stef pensaba de un modo distinto pero no quiso ensarzarse en una discusión con el erudito Enry Marx— . Hemos establecido contacto con una civilización muy primitiva.

El geólogo Joseph Spurr, último de los expedicionarios, un joven de rostro inteligente y simpático, con un mechón de cabellos castaños siempre sobre la frente, hacía funcionar continuamente su grabadora, para no perderse detalle de cuanto ocurría frente a ellos. Luego, lo analizaría todo con detenimiento en su laboratorio.

Fue él quien dijo:

— Podemos acercarnos a la mínima velocidad. En medio de esas nubes nos encontraremos como aislados, sumergidos en la niebla.

—Tal vez sea sólo una envolvente —apuntó Stef, ganándose una mirada reprobatoria de Enry Marx.

—¿Una envolvente esférica, en cuyo interior no existan nubes, amigo mío? —preguntó en tono condescendiente.

— He dicho tal vez, profesor Marx.

— Desde luego, la sonda electrónica señala una superficie plana y algo que se eleva unos cuantos metros, en el centro mismo de esa cumbre — informó Dax Winner tras guardar sus instrumentos—. Voy a tratar de penetrar entre esas nubes a marcha moderada. No creo que choquemos, porque el

obstáculo está a más de mil metros.

Enry Marx accedió con un movimiento de cabeza. Los demás abrieron mucho los ojos, para no perderse detalle de lo que iba a ocurrir.

Sabían ya que efectivamente, desde la plataforma exagonal inferior, una escalinata empinada ascendía hasta la cumbre. Y convinieron que no era una obra natural, dada la perfección con que habían sido esculpidos los peldaños. Sin embargo, Spurr dijo que aquella obra podía ser de gente primitiva.

El «aircraft» se movió lentamente hacia las nubes. Dax Winner era prudente y no quería aventurarse a chocar contra la cúspide.

De pronto, se vieron envueltos en la masa algodonosa de bruma, sin poder ver más que dentro del vehículo volador. A su alrededor, todo era como densa niebla que apenas permitía el paso de la luz.

—¿No hay modo de disipar esta bruma, Dax? —preguntó Marx.

— No, lo siento... Ya nos estamos acercando a un obstáculo... Voy a subir unos metros... ¡Miren!

La niebla se había rasgado delante de ellos, permitiéndoles ver un inesperado e impresionante templo de piedra, del mismo color de la montaña, como si ésta hubiese sido tallada por una legión de escultores y canteros, sobre una plataforma que tendría un diámetro de trescientos metros.

Y todo ello estaba envuelto por una esfera blanca, dado que las nubes se mantenían cubriendo todo aquel paisaje, como si fuesen una envoltura de protección.

El templo, de extraño y singular dibujo, era lo que más llamaba la atención, y no podía ser comparado con ningún monumento de la Tierra.

Dax Winner optó por detener el «aircraft» sobre el pavimento rocoso, para poder estudiar mejor el monumento, que tendría unos sesenta o setenta metros de altura, como una especie de torre piramidal, de cuatro lados, y rematada por otras cuatro pirámides superiores.

Poseía una fachada impresionante, con una saliente de roca, de un metro de grueso, como para proteger algo semejante a. un pórtico, parecido a un trono, al que se ascendía por dos escaleras laterales, con una rampa lisa en el centro.

Y en el centro de aquel espacio había abierta una oquedad como si fuese la entrada del templo. Luego, descubrieron que se trataba de una puerta, de un metal desconocido y de color oscuro.

— Es de suponer que el aire exterior sea respirable —observó Enry Marx —. ¿Qué nos dicen tus indicadores?

—Positivo —respondió Dax.

— Entonces, podemos salir. Estoy ansioso por escuchar la voz de Aki, cuyo templo tenemos ante los ojos... ¿Quién espera algo así?

—Yo —dijo Stef—. Y anticipé que las brumas no lo cubrían todo.

—Cierto, amigo mío. Eso me hace suponer que Jukma le dijo más de lo que usted nos contó: ¿Podemos salir, Dax?

Stef hubiese querido fulminar a Marx con la mirada. Pero le dio por

sonreír,

— Jukma me contó todo lo que sabe. Si mi pensamiento se ha anticipado, se debe sin duda a una premonición extraperceptiva. Era lógico suponer que podíamos hallar algo así.

— Singular premonición — replicó Enry Marx en tono mordaz—, especialmente hecha después de haber visto esto.

— No sea usted cruel con Stef, Profesor Marx— medió Wilma— . El dijo que, posiblemente las nubes no lo cubrirían todo. No hagamos de una simple observación un motivo de problema.

— ¡Lejos de mi tal propósito! ¿Podemos salir, Dax?

— Sí. La temperatura ha descendido un poco, pero es soportable. Yo me quedaré aquí, para cubrir cualquier eventualidad...

La escotilla se descorrió electrónicamente, y surgió una escalinata metálica hacia el suelo. Enry Marx fue el primero en descender, seguido de Stef.

En efecto, afuera podían respirar normalmente, aunque la temperatura se mantenía por debajo de los diez grados centígrados. Por suerte, iban equipados con ropas termógenas e instrumentos individuales de exploración, distribuidos por todos los bolsillos herméticos de su atuendo de fibra metálica plateada!

— Es un edificio singular —dijo Joseph Spurr, al descender mientras grababa en su máquina magnética las primeras imágenes de aquel lugar, donde el silencio era impresionante.

— Propongo que nos acerquemos al templo —dijo Wilma.

Caminaron despacio sobre el liso suelo de roca. De vez en cuando, Spurr se inclinaba y examinaba el pavimento,

— Esto ha sido trabajado con herramientas mecánicas —dijo una vez.

—¿De veras, Spurr? Eso indica que en Kozah existe una civilización técnica avanzada.

— Indica sólo que alguien, de aquí o de afuera, trabajó esta roca con herramientas mecánicas, no que las tribus de Kozah lo hayan hecho. A menos que esa civilización haya desaparecido ya.

— De todas formas, esto es impresionante —declaró Wilma—, Venimos a un mundo que consideramos primitivo y nos encontramos con algo inquietante y sorprendente. Espero que la montaña ya no hable.

— Eso espero yo también —contestó Enry Marx — . Pero en el interior de ese templo puede estar la explicación de todo este misterio.

Caminaron hasta alcanzar el primer peldaño de la escalera de la izquierda, que tenía veinte centímetros de altura. Stef contó treinta y dos escalones.

— Es colosal —observó—. Todo parece haber sido construido sobre la misma piedra... ¡Hecho de una pieza!

— En efecto. No se ve ni una juntura por ninguna parte. Y todo es de una simetría perfecta, sin fallos —admiró Spurr.

—Aquello parece la entrada del templo. Y es de hierro.

En el mismo instante en que Wilma pisó la rampa lisa central, se produjo una vibración que pareció sacudir ligeramente todo el lugar.

Enry Marx emitió un grito y retrocedió:

— ¡Atrás! ¡Parece un seísmo!

Los otros quedaron como petrificados, mirando hacia la entrada del templo, donde la «puerta» empezaba a adquirir una coloración luminosa y rojiza.

A los pocos instantes, como una enorme pantalla de fuego luminoso, aquella entrada había adquirido una coloración maravillosa, a través de la que surgió la voz profunda y modulada de lo que Stef consideró una mujer.

¡Era el oráculo de Kozah!

—¿Quiénes sois, extranjeros? —preguntó aquella profunda voz, en lengua «ulmo»— ¿Qué designio os trae ante Dimrakiwa? ¿Acaso el longevo Jukma os ha hablado de mí?

Stef fue el único que comprendió aquellas palabras. Los otros, además de ignorar el lenguaje, estaban demasiado impresionados por la inmensa voz, que sin duda surgía de la luz de fuego.

— En efecto, Dimrakiwa. El anciano Jukma nos ha hablado de ti. Nosotros somos un grupo de exploración de la colonia terrestre instalada en Kozah. Hemos venido a este planeta a estudiar y enseñar a los nativos. Somos una civilización avanzada...

—¿De qué mundo habéis venido? —preguntó la voz Dimrakiwa.

— De la Tierra.

— Ese nombre es invención tuya. Pero veo que has aprendido el lenguaje «ulmo», que hablas con facilidad.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Enry Marx, reaccionando y acercándose a Stef, pálido como un muerto.

— Calle ahora, profesor. La montaña de Aki está hablando.

Wilma también se acercó y se agarró al brazo de Stef, muy impresionada. Por su parte, en el «aircraft», Dax Winner preparaba los proyectores de luz desintegrante.

— Es evidente que sois seres civilizados y con una ciencia avanzada —continuó diciendo Dimrakiwa, con su extraordinaria voz—. Pero Kozah no os pertenece y, por tanto, habéis de marcharos cuanto antes.

»Aquí se vive en estado primitivo por mi expresa voluntad.

—¿Puedo preguntar quién eres? —inquirió Stef.

— ¡Nadie, vivo o muerto, puede preguntar eso! —respondió la voz—. Eres muy osado, extranjero. Y puedo castigar tu osadía.

—No está en mi ánimo ofenderte, Dimrakiwa. Pero nosotros sabemos que sólo existe un Dios único que rige los destinos del Universo, y sólo podemos considerarte como mortal.

— ¡No soy mortal! ¡Y voy a demostrártelo! ¡Ese es mi nombre! ¡Aki!

El suelo pareció temblar de huevo. Wilma se aferró fuertemente al brazo de Stef, que era quien parecía más seguro de sí mismo, porque hasta Enry

Marx estaba pálido y trémulo.

— Perdóname, Aki, diosa o mujer, fiera o ser. Pero te repito que nosotros somos seres de otro planeta, que hemos llegado aquí en naves del espacio y que no pensamos causar daños a los habitantes de Kozah.

—Sabía que esto ocurriría, tarde o temprano. Ya tuve noticias de vuestra primera expedición y de que os llevasteis unos cuantos nativos «ulmos» para aprender su lengua. Dile a tus compañeros que permanezcan donde están, sin hacer uso de las armas. Tú avanzarás hacia la luz y penetrarás en mi mansión.

—¿Por qué, si podemos entendernos perfectamente así? — preguntó Stef.

—Quiero demostrarte que no muero y que mi poder es infinitamente más grande que el vuestro. Y una vez te hayas convencido, os marcharéis de Kozah y no volveréis más por aquí. Las tribus de este mundo no necesitan de vuestra ayuda técnica, porque si yo considerase que debía ser así, habríais encontrado aquí una civilización superior a la vuestra.

»Ahora, avanza hacia la luz... Apártate de esa mujer que se agarra a tu brazo. Déjala atrás. Sólo tú puedes entrar en mi mansión de eternidad.

Stef se volvió a Wilma. Ella notó perfectamente la transformación de su rostro.

—¿Qué te ocurre, Stef? ¿Qué te ha dicho?

—Debéis quedaros aquí... Quiere que yo vaya hacia esa puerta luminosa y la cruce... Sólo yo puedo entrar en su mansión.

— ¡No vayas, Stef!

— Debo ir. Hay aquí un grandioso misterio que aclarar en nombre de la ciencia. Creo que nos hallamos ante una civilización distinta a la nuestra.

— ¡Tú no irás, Stef Bulkan! —exclamó entonces Enry Marx—. Soy el responsable de esta expedición y no te autorizo a separarte de nosotros.

— Lo siento, profesor Marx. Haga lo que quiera. Pero me han llamado y debo ir. Aguárdenme o márchense, si lo desea. Tengo que ver lo que hay ahí dentro.

— ¡No vayas, Stef!

Enry Marx echó mano a la funda de su arma electrónica, la desenfundó y apuntó con ella a Stef.

— ¡Te he dicho que no irás! Si desobedeces, disparo. Soy el responsable de todos vosotros.

Stef vaciló. Se volvió luego hacia la luminosa puerta del templo y habló, en lenguaje «ulmo».

— Lo siento, Aki. Mis compañeros no quieren que me separe de ellos.

— ¡Tus compañeros van a quedar petrificados ahora mismo! —replicó la voz en tono enojado.

Stef vio abrillantarse la puerta luminosa, de la que parecieron surgir rayos blancos, dirigidos a cada uno de los expedicionarios, excepto a él.

¡Y quedó aterrado al ver cómo todos quedaban inmovilizados en la misma postura en que los alcanzó el rayo blanco!

Wilma tenía una mano extendida hacia el con gesto suplicante. Enry Marx

le apuntaba con su arma y mantenía la boca abierta como si estuviese hablando. El único que parecía normal era Joseph Spurr.

Y en el «aircraft», Dax Winner también se había quedado con las manos sobre los controles de a luz desintegrante.

—¿Qué has hecho con ellos, Aki? —preguntó Stef, angustiado, volviéndose hacia la puerta luminosa.

— No les he causado daño alguno. Están insensibles, paralizados, pero recobrarán sus movimientos cuando yo lo quiera.

— ¿Qué poder es el tuyo, pues?

—Te he ordenado que vengas, para enseñártelo.

— No estoy asustado, Aki; sino sorprendido. Nosotros no hemos encontrado jamás seres cuya ciencia sea superior a la nuestra, aunque tenemos sospechas de que existen en algún lugar del universo infinito porque sus naves nos estuvieron visitando durante siglos, sin que pudiéramos establecer contacto con ellos.

— El universo está poblado de infinidad de razas y civilizaciones. Vosotros sois una de ellas e ignoro aún cuál es vuestra verdadera intención.

»Por eso quiero examinarte de cerca, penetrar en tu mente y conocer el propósito de vuestra llegada a Kozah. Por tus palabras he deducido que podéis ser seres honestos y sinceros. En tal caso, es posible que os permita convivir con las tribus de Kozah. Si no es así os iréis inmediatamente y no regresaréis jamás.

— Bueno —admitió Stef—, Eso está mejor. Tengo la impresión de haber encontrado a un ser humano, capaz de cambiar de opinión y saber rectificar una decisión. De ese modo podemos comprendernos. Espero que mis compañeros no sufran el menor daño.

»Aunque no lo aparentamos, nuestros muchos mundos habitados albergan a veinte mil millones de seres y nuestra técnica ha profundizado en los misterios de la física nuclear. Si algo nos ocurre, este planeta podía ser destruido y convertido en cenizas en unos segundos.

— Si fuese una solución factible, eso sería maravilloso para mí, pues estoy condenada a permanecer eternamente dentro de este templo —contestó la voz de Aki—, Pero sé que ni siquiera las armas desintegrantes más poderosas acabarían conmigo. No es solución.

— ¿Acaso eres un ser cautivo en una jaula dorada?

— Ignoro el significado de tus palabras extrañas, pero deduzco su sentido. Y puede que sea ése mi caso. Estoy prisionera en mi propia mansión, de la que no puedo salir. He de velar siempre porque este planeta viva en paz, sin luchas ni odios, y por eso les induje a respetar unas leyes sagradas.

—¿Les hiciste creer que eras una diosa?

— No. Les hice ver que soy una amenaza, si no me obedecen. Hice temblar su suelo y hasta aniquilé varias tribus, cuyos jefes eran irreconciliables.

»Desde entonces, la paz reina en Kozah, y mi deber se ha cumplido. Pero

yo fui enviada aquí por el Infinito Poder y no puedo abandonar jamás mi puesto. Si pudiera irme, y lo hiciera, en Kozah podían olvidar mis leyes y volver al canibalismo y a la antropofagia de siglos atrás, habiéndose perdido todo cuanto hice.

»Ahora ven, hombre de la Tierra... Entra en mi morada.

Stef ya no podía aguardar más. Percibió algo así como si una fuerza magnética le atrajese hacia la puerta luminosa.

Avanzó sobre la rampa ascendente. La luz parecía despedir calor. ¡Y debía atravesar aquel muro ígneo!

— No temas —dijo la voz de Aki—. La luz no te dañará. Sólo es luz. Detrás hallarás un pasillo amplio. Avanza por él. Yo saldré a recibirte.

Stef cerró los ojos y avanzó, extendiendo las manos. Sintió aumentar el calor. Y, de pronto, se encontró al otro lado de La pantalla.

CAPITULO IV

AKI, LA MUJER-DIOSA

Stef se encontró en una gran sala de paredes brillantes y claras, y suelo con extraños y maravillosos dibujos, de un material parecido al cristal. La sala aparecía rodeada de seis altas puertas de un metal que parecía platino.

Precisamente, la puerta que estaba frente a él se estaba abriendo despacio. Y detrás aparecía una escultura viviente.

—Acércate. ¿Cuál es tu nombre? —La voz de ella tenía la misma entonación y timbre que la escuchada por Stef a través de la puerta de fuego luminoso. Ahora, sin embargo, sonaba más suave, humana y natural.

Stef no se movió. Estaba hechizado al contemplar la figura que ahora avanzaba hacia él, con suave ondulación.

Era una mujer de aspecto joven, fascinadoramente hermosa, de ojos rasgados y grandes, oscuros, rostro alargado y tez cremosa, labios rojos y dientes blancos.

Vestía un atuendo sorprendente, hecho como de una especie de tiras metálicas flexibles, que caían desde un collar de piedras preciosas que rodeaba su garganta hasta casi la cintura, parte de la cual estaba al descubierto.

Su falda, también de tiras del mismo metal con pedrería, surgía de un cinto que parecía descansar en sus caderas. Sus piernas y brazos aparecían ceñidos por algo así como una tela sutil de finos hilos dorados, y como calzado llevaba unos delicados zapatos, de singular y extraño dibujo, como si tuviesen cortas alas en los tobillos, cubiertos enteramente de piedras refulgentes.

Lo más extraordinario, sin embargo, en aquella increíble mujer, era su cabello, color naranja, con piedras azules y rojas, y una maravillosa diadema de pedrería sobre la frente.

— Me llamo Stef Bulkan —acertó a decir él, sin haber salido aún de su estupor.

— Stef Bulkan —repitió ella, acercándose con exquisita gracia y deteniéndose ante él—. Creo que no debo esperar ningún daño de ti. De todas formas, poseo sirvientes invisibles que te vigilan... ¡Oh, no mires a tu alrededor! Están detrás de esos muros. No son seres humanos, como nosotros. Son siervos técnicos... ¿Cómo decirte? Supongo que me comprenderás... Máquinas electrónicas.

La fascinante mujer sonrió con una gracia arrebatadora. Stef pudo balbucear:

— No esperaba encontrar una mujer tan... hermosa.

— Eso debe ser un cumplido. Gracias, Stef. He podido ver que la mujer que te acompaña también es muy bella.

Stef empezó a tomar confianza en sí mismo. Preguntó:

—¿Eres real o estoy soñando?

— Real, desde luego. Toca mi mano. Tengo sangre en las venas, un cerebro y un corazón. ¿Qué esperabas encontrar? ¿Un monstruo?

— Confieso que sí... ¡Porque tú no eres de nuestra raza!

—Te equivocas. Soy de tu raza, no hay error. Poseemos el mismo origen cósmico. Pero yo pertenezco a otra civilización distinta a la tuya. Esto también es cierto.

— ¡Sorprendente! —exclamó Stef—. Nosotros... creíamos que la única raza, antropológicamente hablando, que poseía características propias, era la terrestre.

— Lo que unos seres creen no es siempre la verdad — contestó Aki, sonriendo — . En Kozah, los seres son como vosotros, pero en un estado de perfecto primitivismo... Ah, veo que lo ignoras.

»El universo está poblado por individuos de infinidad de especies. Nosotros hemos dado en llamar humanos a los que poseen una evolución similar a la nuestra y un mismo origen biológico.

— ¿Quieres decir que nosotros tenemos un mismo origen biológico?

— Por supuesto, Stef Bulkan —contestó ella — . Se nota en todo... Cabeza, cuerpo, brazos y piernas. Dentro de tu cabeza está el cerebro, y el corazón, en el pecho. Si no tuviésemos el mismo origen, sería un monstruoso error natural, cosa inconcebible en el cosmos. Nosotros nos diferenciamos entre sí por la cultura y la civilización a la que pertenecemos, como se diferencian unos animales de otros.

»Esto quiere decir que, en alguna época o tiempo, tanto en el pasado como en el futuro, tuvimos un mismo origen. Después, por razones migratorias naturales, nos separamos. Los tuyos, tu tribu quiero decir, fueron a unos mundos y nosotros a otros distintos.

—¿Es eso posible? —preguntó Stef.

—¿Por qué no? ¿No hemos vuelto a encontrarnos? ¿No habéis venido de la Tierra a Kozah, utilizando medios de transporte sideral como hicimos nosotros?

— Bueno, sí. Pero en la Tierra hemos vivido muchos siglos sin poseer esos medios de comunicación sideral.

— Los antepasados más remotos de los habitantes de Kozah también llegaron aquí en naves siderales, y poseían una vasta cultura y una técnica muy avanzada. Sin embargo, el tiempo los ha hecho retroceder al primitivismo, lo que se llama una mutación retrógrada o retromutación.

»Generalmente, los pueblos evolucionan desde el cero hacia el infinito. Pero existen muchos donde se ha perdido esa evolución natural, quizá porque hayan alcanzado el progreso máximo, sin hallar la salida al concierto cósmico, y se ha producido la retromutación.

»Eso ocurrió en Kozah, hace millones de años. Los «Kozahnos» que se establecieron aquí venían de otros mundos. Aquí continuaron su progreso natural, hasta llegar al muro insalvable. Entonces se convirtieron en seres autómatas y sus mentes empezaron a perder fuerza. En unos cuantos siglos

dieron el salto atrás, siendo incapaces entonces hasta de construir sus propias viviendas.

»Entonces, el Infinito Poder, me envió a mí aquí, a velar por esos seres, faltos de espíritu. De haberlos dejado a su suerte, posiblemente se habrían exterminado, porque el salvajismo es la fase final y la primera al mismo tiempo, de toda transmutación progresiva o retrógrada.

»Yo les impedí exterminarse, porque poseo todo aquello que sus antepasados olvidaron. Y ésta es la misión que estoy desempeñando aquí, como otros semejantes míos la realizan en lejanos mundos.

— ¡Es increíble! Yo ignoraba que existiera... tal sistema, tal civilización. ¿Cómo es que nosotros...?

—Vosotros también habéis tenido alguno de mis semejantes, en algún tiempo, velando por vuestro desarrollo. Es natural. Al nacer, un niño necesita a su madre durante los .primeros meses, para poder sobrevivir o, en su defecto, alguien que cuide de él.

»Una raza en estado primario necesita la tutela de las razas adultas, de lo contrario, corremos el peligro de que se desarrolle por sí sola y nos resulte un monstruo. El Infinito Poder, inmensamente sabio, no puede permitir semejante aberración.

— Entonces..., ¿tú eres una enviada de Dios? ¿Una diosa tutelar de los seres humanos primitivos?

— Dios está muy por encima de los hombres. No, soy humana y, por tanto, mortal.

—¿Cuánto tiempo has de vivir, pues, para cuidar de tu rebaño?

— Eso te sorprende, porque perteneces a una raza en quinto o sexto grado de evolución. Nosotros hemos llegado al progreso total. Y, sin embargo, ése no es el fin, como puedes comprender. El fin está más allá de la materia y la energía. Aquello sí que es eternidad pura. Yo me pincho un dedo y sangro. Si no me cuido, puedo incluso morir y dejar de cumplir la misión que me fue encomendada.

—¿Cuándo? —preguntó Stef en tono tajante.

—¿Cuándo? ¡Ah, Stef; ésa es una pregunta absurda! ¿Ayer, hoy, mañana? Sé que te será difícil comprender esto. Por eso mi respuesta es que la misión que me encomendaron fue policíclica, o sea que posee muchos ciclos. Nada más. Si eso lo computamos como tiempo físico, resulta que soy una mujer con más de un billón de años, lo que sería absurdo.

— Sí, sumamente absurdo —contestó Stef, palideciendo.

—Yo carezco de tiempo —siguió diciendo Aki — , Soy Dimrakiwa, la voz de la montaña de Aki, oráculo de Kozah. El Infinito Poder me destinó a este planeta y aquí estoy, desde entonces, ¡que pudo ser ayer o podrá ser mañana!

* * *

—¿Mi mundo? —preguntó Aki, mirando a su invitado a través de la

pasmosa e inverosímil mesa, donde Stef pudo contemplar más de cien manjares distintos y licores en la misma proporción, y donde ambos se hallaban sentados, uno frente a otro—. Puede que ya no exista o que todavía esté por formarse.

»Recuerdo que se llama Ektwere, en nuestra lengua primitiva, naturalmente. Luego dejamos de hablar, al recibir enseñanza mental. ¿Verdad que no debíamos tener cuerdas vocales? ¡No, no es cierto! No creo haber hablado más que contigo y con los «kozahnos».

»Ektwere es un mundo como éste, como el tuyo, como tantos millones de otros iguales, donde hay ríos, mares, selvas, desierto, montañas y ciudades muy bonitas.

»M¡ madre me cuidó hasta que tuve cinco años. —Como Stef hiciera un gesto de sorpresa, Aki continuó—: ¿Como en la Tierra? ¿Y quién te dice que yo no nací en la Tierra, tres mil millones de años antes que tú?

— Sería maravilloso —contestó Stef, tomando una copa de extraño cristal negro.

— Por muy sorprendente que te parezca, eso es posible. No sé dónde está tu mundo, porque no me he preocupado de averiguarlo. Sólo tengo que emitir un deseo y mis siervos, los que nos han facilitado todos estos alimentos, me darán la posición orbital planetaria y cósmica y los nombres que ese mundo tuyo ha tenido a través de los diversos ciclos evolutivos de los mundos.

«Recuerdo, que cuando yo estudiaba en Ektwere, lo único que podíamos tener era una pizarra de metal, un lápiz electrónico y un reloj-conmutador de energía. Era suficiente. Todo lo demás se tomaba de su lugar. Alimentos, ropas, objetos de uso corriente, máquinas deportivas y recreativas, para las horas de ocio.

»Otros seres necesitaban vivienda, automóvil, televisor, radio, lectura, avión o barco. ¿No podía ser así en la Tierra, tiempo atrás, Stef?

—Sí, desde luego. Así fue en una época.

—Yo tenía una casita metálica, en forma de medio huevo, rodeada de flores. Luego, estudié en una escuela automática. Y me gradué con buena calificación.

»Más tarde me destinaron a una oficina social para el Control y la Influencia Exterior. Allí me enseñaron todavía más. Creo que nos dormían, con un cerebro dentro de un complicado aparato, y cuando salíamos de allí estábamos como aturdidas. Éramos unas dos mil muchachas.

»Me dijo un director que mi coeficiente mental era muy elevado. Y me sentí satisfecha. Posiblemente me asignarían a una misión importante. En realidad nunca sabemos lo que es importante o no, porque nunca nos enteramos del resultado de nuestra labor.

»Y la misión a que me designaron fue ésta. Había que saltar la barrera del tiempo y del espacio, venir aquí, dentro de una nave, rodeada de máquinas que me enseñaron a utilizar hasta con los ojos cerrados.

»Era ya Oficial de Infinito Poder, nacida en Ektwere, en una época que

nada tiene que ver con ésta. Un cerebro prodigioso y un corazón artificial inalterable.

»Este es mi mundo. Si lo abandono, caeré fulminada por una descarga fotónica. Es el premio a los desertores. Posiblemente, no muera. Me levantaré y seguiré con mi trabajo, siempre aquí, como si nada hubiese ocurrido. Con la descarga fotónica vendrá el olvido a la depresión.

—Y así, ¿cuánto tiempo? —volvió a preguntar Stef.

Ella sonrió y exclamó alegremente:

— ¡Te obsesiona el tiempo, Stef! ¿Por qué? ¿Es que no me crees? Puedo enseñarte cuánto tengo en este templo, que construyeron para mí los «ularsos», cuyo único superviviente es Jukma. Hice que se extinguiera su pueblo. Fue necesario hacerlo. Sabía que eran inquietos y agresivos, como una transmutación progresiva dentro de un mundo en general estado de retromutación.

»Si no los elimino, habrían continuado luchando y estropeando toda mi labor. Tuve que hacerlo.

—¿Y por qué no a Jukma?

Aki no alteró un rasgo de sus facciones.

— El estuvo conmigo, como tú estás ahora. Fue mi esposo durante algunos años. El dirigió la construcción del templo de Aki. Fui suya y pudo quedarse aquí conmigo. No era como los demás «ularsos».

Stef empezó a moverse inquieto en su asiento.

— No me dijo nada de eso.

—Yo le hice perder parte de su memoria. Y le dejé vivir. Ya, sin embargo, se agota su energía vital. De haberse quedado aquí, todavía sería joven y ágil, como yo. Pero él no era de Ektwere y no estaba educado como yo. En mi instrucción hay métodos para soportar la tediosa y terrible soledad de los siglos.

—¿Siglos que han debido parecer días?

— Siglos de contemplación mental, de profundo estudio, de exámenes místicos, cuyas conclusiones guardo en archivos, para su análisis posterior. En este policiclo la noción del tiempo se pierde totalmente. En realidad, el tiempo es un factor matemático axiomático. Nada más.

— ¿De modo que todo esto lo construyeron los «ularsos»? — preguntó Stef, mirando en torno suyo y admirando una vez más la suntuosidad arquitectónica del lugar en que se encontraban — , ¿Cómo lo hicieron?

—Yo les di las instrucciones. Utilizamos la montaña Dimr. Situé a cien hombres en la cumbre y les señalé dónde y cómo debían rebajar.

—¿Les proporcionaste herramientas?

— Naturalmente. Esto era un bloque de piedra. Todo en una pieza. Los residuos que sacaban fueron arrojados al precipicio. Mientras, otros, desde abajo, esculpían las escaleras.

»Entonces yo tenía el campamento instalado en el interior de mi nave, entre los árboles. Allí estaba Jukma conmigo. Yo daba las órdenes y él las

hacía ejecutar. Fue una labor larga, que hube de rematar con las instalaciones electrónicas interiores, y que no podía realizar nadie más que yo.

—Todo me parece tan extraordinario que me resisto a creerlo —dijo Stef —. Yo procedo de un mundo físico y real. Nuestros conceptos de tiempo y espacio son concretos y se rigen por leyes físicas y matemáticas.

»Ahora, ¿cómo cuento a mis superiores todo lo que he sabido aquí hoy sin que me tomen por loco? ¿No sería posible establecer un contacto más amplio entre nosotros? Los que han quedado fuera podrían venir.

— ¡No! —atajó Aki, poniéndose súbitamente seria—. Mi capacidad sentimental es muy reducida. Yo no puedo regirme por sentimientos inexplicables, porque me encuentro aquí realizando un trabajo que me encomendó la Oficina Social para el Control y la Influencia Exterior dependiente del Infinito Poder.

»Si he accedido a que llegues hasta mí ha sido dejándome llevar por ese sentimiento extraño. Tal vez haya visto en ti un ser agradable. Pero todos tus compañeros no pueden inspirarme el mismo efecto. Piensa que no soy como tú, porque mi pensamiento es complejo y metafísico.

—Trato de comprenderlo. Sin embargo, se me hace difícil. Te veo tan... ¡humana!

—Y lo soy, Stef. Pero la razón impera en mí. No sé exactamente qué debo hacer contigo. Sería un error dejarte volver con los tuyos. Aparte de que debo proteger a las tribus de Kozah, puesto que vosotros os proponéis acelerar su evolución, inculcándoles vuestros conocimientos. Esto representa una regresión, dado que los «kozahnos» se encontraban en período de retromutación.

—¿Como si volvieran al estado salvaje o animal?

— Poco más o menos. Los «ularsos» perecieron porque su mutación era progresiva, en contra de lo planificado por el Infinito Poder.

— ¡Pero vosotros no tenéis derecho a transformar el destino natural de los pueblos! —exclamó Stef—. ¿Qué Infinito Poder es ése?

— Me parece una pregunta que no tiene contestación. Pero, a cambio, yo te haré una proposición que puede interesarte —Aki se había puesto en pie, realzando su extraordinaria belleza, y se acercó a donde estaba Stef—. Te dejaré conocer todos los secretos de los conocimientos de Ektwere, vivirás durante siglos, sin perder energía ni fuerza mental y serás mi compañero mientras yo permanezca aquí, que puede ser prácticamente toda la eternidad.

—¿Quieres que me convierta en un «semidiós», como tú? —preguntó Stef, asombrado.

—Sí. Yo puedo darte todo eso. Conocimientos casi ilimitados en todas las ramas del saber. Gozarás de los privilegios de un oficial del Infinito Poder. Pero no podrás salir de Dimraki jamás.

Stef no contestó, dejando que ella se situara a su lado y le deslizase una mano sobre su hombro. Aquel contacto le enervó. Alzó el rostro y vio los ojos de ella, llenos de un luminoso misterio, fijos en los suyos.

—Quédate conmigo, Stef... Necesito tu compañía.

—¿Y mis compañeros?

— Regresarán a su colonia. Dentro de unos días empezará a irles todo mal. No sufrirán daño, porque no soy amante de esos métodos, pero se convencerán de que el ambiente de Kozah les es hostil y terminarán por irse.

— Poco conoces a mi raza, Aki. Aunque perecieran a millones, jamás cesarán de venir aquí para tratar de averiguar lo que encierra este templo. Por eso no puedo quedarme. Me iré, revelaré tu existencia y lucharemos, si es preciso, para imponer la civilización a las tribus de Kozah.

Aki retiró vivamente su mano de los hombros de Stef. Su rostro se crispó, asomando la furia a sus ojos.

— ¡Témeme, Stef! ¡Soy terrible en mi ira!

— No lo dudo. Pero mi puesto se encuentra entre mis compañeros.

— ¡Pues vuelve con ellos y muere! —gritó Aki.

CAPITULO V

¡AULLIDOS DE GUERRA!

De súbito los expedicionarios se encontraron dentro del «aircraft», volando sobre un ancho, verde y extenso valle, de vuelta al lago Ulmo, junto al que tenían la colonia.

— ¡Por medio Sultán! —exclamó Dax Winner—, ¿Qué exorcismo ha sido éste?

Enry Marx, pasándose la mano por la frente, se volvió a mirar a Stef, que parecía más aturdido que ninguno.

—¿Qué sucedió? Surgió una luz de la puerta del templo... ¡Tú estabas hablando en esa torpe lengua, Stef!

Wilma y el geólogo Joseph Spurr no parecían haber salido todavía de su aturdimiento, pero se agitaban en sus asientos.

Stef empezó a recordar vaguedades, pero no podía centrar sus pensamientos, por mucho que se esforzaba.

— Recuerdo... ¡Una mujer muy hermosa, sí...! La voz de la montaña Dimr, y no la voz de la montaña de Aki, como creíamos... Sí, Aki es una mujer muy bella... Creo que estuve con ella, en el interior de unas resplandecientes salas... Pero no consigo recordar... Hay un vacío en mi mente.

— ¡Atravesamos las nubes blancas y descubrimos un templo de piedra! —dijo Dax—, Yo tengo aquí la grabación que hice.

Manipuló los mandos del registro magnético, para reproducir la grabación. Pero en la pantalla no salió absolutamente nada... ¡Todo estaba en blanco!

Y lo mismo pudieron comprobar en la grabadora de Spurr. Todo parecía haberse velado o no haber existido.

Wilma también estaba tan confusa como sus compañeros. Los recuerdos eran inconcretos, como productos de un sueño o pesadilla que no se pudiera rememorar.

— Desde luego —afirmó Enry Marx firmemente—, hemos sufrido todos el influjo de una disociación hipnótica o cierto tipo de amnesia provocada, que nos impide recordar con claridad.

» Lo único que sabemos es que íbamos a explorar la cima de una montaña cubierta de nubes.

Dax lanzó un grito en aquel instante, señalando un reloj electrónico del tablero de mandos.

— ¡Mirad esto!

Todos se inclinaron sobre el reloj.

— ¡La fecha de hoy! ¡Miradla! ¡Jueves, 23! ¡Y nosotros salimos el lunes, día 6! ¡Hemos permanecido ausentes de nosotros mismos durante dieciocho días!

Los cinco componentes de la expedición se miraron sobrecogidos, sin

atreverse a despegar los labios, durante un largo intervalo, mientras el «aircraft» continuaba sobrevolando el valle.

— Debemos volver a la base —dijo Enry Marx—. Hemos de informar de esto al coronel Cargrave. ¿No puede haberse estropeado el reloj?

— Esto jamás se estropea —contestó Dax, seriamente.

Además, tenían relojes de pulsera y de bolsillo, que fueron examinados también. Y todos coincidían.

—¿Qué nos ha ocurrido? —preguntó Wilma Bellamy a Stef, en voz baja.

—Tengo la imagen de una mujer en mi mente... Una mujer exótica y extraordinaria... ¡Aki! Pero no consigo recordar más. Será preciso que el doctor Krix nos someta a tratamiento postamnésico. Y es raro que nos haya ocurrido a todos.

— Habíais salido del «aircraft» —declaró Dax—. Lo recuerdo. Yo estaba preparando los proyectores fotónicos... ¿Y cómo es que ahora estamos volando lejos de aquel lugar? ¿Cómo hemos despegado y regresado, sin darnos cuenta?

No encontrarían más respuesta. Pero su sorpresa fue aún mayor, al volver a la colina y tomar tierra, en medio de la general expectación. Nada más descender de la nave, muchos les preguntaron lo que les había sucedido.

— ¡Os dábamos por muertos! —explicó alguien—. Se os ha buscado por todas partes. ¿Dónde estabais?

—¿Qué os ha ocurrido?

Enry Marx sólo habló ante el coronel Cargrave, quien les acogió casi llorando de alegría. Dijo:

—Yo mismo fui hasta la montaña de Aki, pero nos fue imposible atravesar aquellas extrañas nubes blancas. Nos estrellábamos una y otra vez contra una barrera impenetrable. Creímos que os habíais estrellado y buscamos vuestros restos durante dos semanas, sin éxito. ¿Dónde habéis estado?

— Bueno, pues creemos haber cruzado aquellas nubes y llegado ante algo así como un templo de piedra. Pero ignoramos el resto... Stef habló en lengua «ulma»... Dice que recuerda a una mujer.

—¿Una mujer? ¿La voz de la montaña, acaso?

— Es conveniente que nos examine a todos el doctor Krix, coronel. Hemos sido hipnotizados.

Stef se fijó en que muchos hombres llevaban fusiles electrónicos, y observó también, por vez primera, el cercado que protegía la colonia. Mientras caminaban hacia el puesto de mando, preguntó a uno de los técnicos:

— ¿Qué ocurre, Paul? ¿Por qué vais armados así? ¿Y esa valla protectora?

— Hemos sido atacados varias veces por los nativos. Ya nos han causado varias bajas.

— ¿Muertos? —preguntó Stef, inquieto.

— Heridos. Pero no se logra recuperarlos. Es evidente que los nativos impregnan sus lanzas con algún veneno desconocido.

Ya en el despacho de Jeff Cargrave, los expedicionarios relataron lo poco que sabían, formándose una confusa opinión, que a nada conducía, de lo que podía haber ocurrido, y que Enry Marx resumió así.

—Creemos que llegamos hasta la cima de la montaña. Vimos el templo y escuchamos una voz de mujer. Se produjo un deslumbramiento en la entrada del templo y quedamos todos como dormidos. Hemos debido permanecer inconscientes durante todo el tiempo, hasta que nos hemos encontrado volando en el interior del aparato. Y no podemos decir con exactitud lo que ha ocurrido.

— Confiemos que la ciencia del doctor Krix pueda averiguar en qué consiste ese vacío —dijo Cargrave—. La situación aquí también ha cambiado bastante. Los «ulmos» han desaparecido de su poblado, escondiéndose en las selvas.

—¿Xuzit y Mazki también? —preguntó Stef.

—Sí. Y no sólo eso, sino que nos están atacando continuamente, y entre la maleza suenan extraños aullidos que nos parecen de guerra. Tememos que la situación empeore y hemos adoptado medidas defensivas.

»Si continúan hostigándonos, habremos de pedir auxilio a la Tierra.

Los expedicionarios recién llegados se encontraban aún demasiado aturdidos para darse cuenta de lo que ocurría. Expusieron cuanto sabían, de modo incoherente, y luego el coronel Cargrave accedió a que el psicoanalista y psiquiatra de la expedición «Ibis-Z», doctor Krix, reconociese primero a Stef Bulka, mientras que los otros se retiraban a descansar.

* * *

Thomas Krix era un hombre inteligente y joven, de regular estatura, con aspecto deportivo y agradable.

Stef le explicó lo poco que sabía y Krix grabó todo el relato en una placa magnética. También tomó breves notas en clave.

— Bien —dijo, al concluir Stef—. Dieciocho días de amnesia en extraordinarias circunstancias. A menos que hayas permanecido absolutamente dormido todo el tiempo, en tu subconsciente deben quedar recuerdos que nos darán la pista de lo ocurrido.

»Voy a someterte a un reconocimiento preparatorio. Esto es sencillo. Gracias a los descubrimientos de Merrill y Jobson, el cerebro ha demostrado ser más sencillo de lo que creíamos —Krix señaló la modernísima grabadora que tenía sobre la mesa — . Los mismos circuitos impresos que esto. Bobinas de almacenamiento de datos, clasificador de recuerdos conscientes e inconscientes y hasta archivo de génesis hereditaria.

»Veamos lo que podemos averiguar con un sondeo previo.

Thomas Krix se levantó, acercó un aparato sobre ruedas que había en un rincón, hasta situarlo junto a Stef, y procedió a aplicarle las ventosas de los electrodos en diferentes lugares de la cabeza del paciente.

— ¿Qué tal te sientes, Stef?

— Bien, no te preocupes. Adelante

Mientras Krix terminaba de colocar su aparato, decía:

— Es singular que los antiguos frenólogos, desorientados totalmente en cuanto a la verdad del cerebro humano supieran con exactitud increíble donde se encontraban las regiones vitales de la mente.

»Yo he pensado muchas veces si nuestra civilización, en sus comienzos, no sabrían mas que nosotros de muchas cosas que nos ha costado siglos descubrir.

»Ahora voy a dormirte. No sentirás nada, descuida.

Efectivamente, Stef sucumbió a los efectos de! aparato sin experimentar la más leve inquietud. Thomas Krixs, era un verdadero profesional, y por ello había sido elegido para cuidar de la salud mental de todos los miembros de la expedición a Kozah.

Durante media hora, ceñudo y preocupado, Krix estuvo estudiando la mente de Stef. Realizó varias pruebas determinativas, porque, de buenas a primeras, se encontró con lo inesperado.

No se sorprendió, empero, puesto que no era hombre capaz de sorprenderse de nada mientras estaba trabajando. Otro en su lugar, habría acudido al coronel Cargrave; él se mantuvo allí estudiando los recovecos extraños de la memoria inconsciente de Styef Bulkan hasta que considero concluido su trabajo.

Entonces, despertó a Stef y le retiró los electrodos para, seguidamente, volver a sentarse detrás de su mesa, donde esperó a que el paciente estuviese completamente repuesto.

—¿Y bien? —preguntó Stef, incorporándose.

— Siéntate, Stef. Dentro de poco, vas a recordar con toda exactitud lo que te ocurrió durante esos dieciocho días de amnesia. He retirado el «bloqueo» hipnótico de ese período. Pero no he podido por menos que averiguar cómo y por qué se ha producido.

»No estás enfermo, ni nada de eso. Una persona, a la que pronto recordarás, cuyo poder mental debe ser sumamente poderoso, te hizo caer en estado amnésico.

— ¡Aki! —exclamó Stef.

— Exactamente. Ella vive en un templo-palacio, y afirma proceder de un mundo llamado Ektwere.

Con la ayuda de Krix, la memoria volvió lentamente a Stef. Recordó a la exótica y extraordinaria mujer con la que estuvo viviendo dieciocho días.

Rememoró las suplicantes palabras de ella, pidiéndole que se quedase. Había ciertas lagunas en los recuerdos, pero se sobresaltó al creer que de nuevo tenía a aquella extraña criatura en sus brazos.

Los inenarrables recuerdos acudieron bruscamente. Casi creyó percibir de nuevo el enervamiento y la locura de la pasión que Aki ponía en sus arrebatos, mientras estuvieron solos, en una enorme sala azul, junto a la piscina de aguas cálidas y transparentes.

Evocó también el escultural cuerpo de Aki, que parecía de alabastro, túrgido y mórbido, abrasador y pasional. Fueron horas de enajenación total, sublimes, increíbles, que ahora, gracias a los recursos de la ciencia, volvía a revivir.

Evocó también la última escena con Aki, mientras estaban comiendo ante una mesa servida pantagruélicamente. Y allí fue donde hablaron de todo lo que Stef no podía creer, ni Thomas Krix tampoco.

— ¡No puede ser cierto! —exclamó Krix—. Esa mujer posee, desde luego, extraordinarios conocimientos psíquicos; no lo dudo. Pero debe estar completamente loca. Nadie puede ser como ella dice, ni ser lo que ella es. Todo es inadmisible, fantástico.

— Sin embargo —apuntó Stef—, es de carne y hueso... Parece joven como nosotros, ¡y Dios sabe el tiempo que lleva viviendo en esa soledad!

—¿Cuánto tiempo? ¿Un millón de años solares, Stef? ¿Crees tú eso?

— No, no puedo creerlo.

— ¡Nadie! Sin embargo, ella existe. Existe todo lo que has visto y nos encontramos metidos en un embrollo de incalculables consecuencias.

—¿Por qué dices eso, Thomas? —preguntó Stef.

—Quiere que nos vayamos de aquí. Los nativos están ya soliviantados y nos atacan. Ella parece tener dominio sobre los habitantes de Kozah, y la situación está empeorando por momentos.

»Se trata, pues, de un enfrentamiento insólito entre nuestra raza y la de esa mujer antropomorfa. ¿Comprendes, Stef? Nosotros no hemos venido aquí a entablar relaciones con seres superiores a nosotros, para lo que no estamos preparados.

»Podemos tratar de inculcar nuestra cultura a los «ulmos», porque somos superiores a ellos. Pero Aki no es una aborigen.

—¿A dónde quieres ir a parar, Thomas? —preguntó Stef.

—Muy lejos, amigo mío. Nosotros somos científicos. Y me siento tan inquieto como los sabios que descubrieron por vez primera la fisión atómica.

»Pero esto es mucho más importante aún que aquello. Tú has sido el privilegiado que ha establecido el primer contacto humano entre dos razas, con el inconveniente de que somos nosotros los inferiores.

Stef ya se había formulado aquel pensamiento.

—Podemos transformar toda nuestra civilización —dijo.

— ¡Transformarla o destruirla! —concluyó el doctor Krix—. Y no podemos obrar a la ligera. Ni siquiera veo solución en comunicárselo al coronel Cargrave. Si la Asamblea Genera) toma cartas en el asunto... ¡Oh, Dios; no quiero pensarlo! Puede que algún parlamentario proponga capturar a esa mujer.

—¡Seguro que sí! Y las consecuencias serían incalculables. Nosotros no podemos someter a esa mujer, Stef.

—No, por supuesto

—Nos encontramos tú y yo en posesión de un inmenso secreto. —

Thomas Krix se puso en píe y paseó lentamente por la estancia — . ¿Debo alegar ignorancia, Stef? ¿Hacer ver que no he descubierto nada en tu cerebro y dejar que la situación empeore, hasta que vengan a buscarnos, y olvidar todo cuanto sabemos?

»¿O bien debemos informar a nuestros superiores del encuentro que tanta trascendencia puede tener para toda la humanidad? Desde luego, esa mujer está sola en Kozah, pero ha de pertenecer a una raza que debe hallarse muy extendida en el universo. Aun en el hipotético caso de que pudiéramos capturarla viva, cosa que dudo, no íbamos a conseguir más que levantar una polvareda cósmica, porque sus coterráqueos no van a permitir que cometamos esa felonía con ella.

—¿Qué es lo que sugiere, Thomas?

— No me atrevo a sugerir nada. Aunque, te pregunto, ¿por qué no te quedaste con ella? Es obvio que se trata de alguien extraordinario. Y si es verdad que te ofrece la longevidad...

—Quiero a Wilma Beilamy, Thomas.

— Eso lo sabe todo el mundo aquí. Es un secreto a gritos. Pero es insensato... ¡Aki vale mucho más que Wilma Beilamy!

— Eso son opiniones, Thomas Krix —replicó Stef secamente—. Tú sólo conoces a Aki a través de mi mente. No la has tenido...

— ¡Esa mujer podía convertirse en el ser humano más importante de nuestra raza, Stef! ¡Incluso podía ser la salvación de todos! ¿Es que no sabes que estamos siendo atacados por los nativos y que si esto sigue así acabarán por exterminarnos?

—¿Qué es lo que sugieres, Thomas? —preguntó Stef, poniéndose en pie.

—Te estoy diciendo que vuelvas con ella, que seas lo que ella quiere y que sirvas de embajador o intermediario entre sus mundos y el nuestro. Y esto no te lo digo con egoísmo... ¡Creo que es mi deber decírtelo!

Stef no replicó. Cuando se disponía a decir que Krix tal vez tuviese razón, en el exterior sonó una terrible explosión que les hizo a ambos salir de! gabinete.

Desde el porche vieron alzarse pavorosas llamas en el extremo de la colina, donde estaban los depósitos de combustible y los «aircraft». Varios coches pasaron a la carrera ante ellos.

— ¡Han atacado los hangares! ¡Se está luchando contra los «ulmos» en el extremo del aeródromo!

Tuvieron que correr, subirse a un vehículo de carga, para acudir al lugar del peligro. Efectivamente, pronto vieron a una horda de «ulmos», provistos de cuchillos, lanzas y flechas, aullando ferozmente.

Las armas electrónicas de los terrícolas habían causado numerosas bajas entre los atacantes, pero también los atacados, pillados por sorpresa, habían caído en buen número. Y lo que era peor, la astucia de los «ulmos», al prender fuego a los depósitos de combustible, demostraba que se proponían dejar en situación precaria a los científicos terrestres.

La guardia había sido sorprendida. Cuando se quiso reaccionar, ya era tarde. Los depósitos estallaron y a consecuencia de la explosión murieron bastantes obreros y técnicos.

Por otro lado, la lucha no duró mucho. Cuando los terrícolas se lanzaron al contraataque, los «ulmos» se retiraron, dejando sus muertos sobre el terreno en número superior a los ciento.

Y entre aquellos cuerpos fulminados por las descargas eléctricas, estaba el de Mazki, ahora desnudo como sus compatriotas, habiéndose quitado las ropas que trajo de la Tierra.

Thomas Krix se acercó a Stef y le tomó del brazo:

— Eso es sólo el principio. Lo demás vendrá después.

—Volveré al templo de Aki. Pero antes debo hablar con Wilma.

—Está bien. Espero que ella lo comprenda todo.

CAPITULO VI

LA CONFESIÓN DE JUKMA

—Creo que sufrieron todos una alucinación producida por la inhalación de algún somnífero —declaró Thomas Krix—. En realidad, el examen psicoanalítico es totalmente negativo.

Wilma, que escuchaba también aquella especie de veredicto psiquiátrico, lanzó un suspiro de alivio y exclamó:

— ¡Hemos estado soñando!

— Parece que te alegras, Wilma —observó Enry Marx, que no pudo ocultar su decepción.

— Naturalmente que sí.

—¿Estás seguro de que no existe error, Krix? —preguntó el coronel Cargrave, quien había sostenido una extensa conversación en privado con su amigo Marx.

— No, señor. No puedo estar seguro. Pero ellos mismos confiesan haber atravesado una cortina de nubes.

— ¡Nosotros intentamos atravesarla, pero sin éxito! —Rugió Cargrave, empecinado — , ¡Ahí tenemos un misterio sin aclarar! ¿Por qué ellos la atravesaron y se embriagaron, y nosotros no?

— Debe de tratarse de algún fenómeno físico y natural, cuya explicación no puedo definir en estos momentos. Si tuviésemos una muestra de aquellas nubes...

— Podemos ir a buscarla —sugirió Enry Marx.

— No —contestó el coronel Cargrave—. De momento, hemos de ahorrar el combustible. Hemos perdido más de dos mil quinientos galones durante el incendio. Tenemos que reservar nuestras existencias para casos de extrema necesidad. Y no me atrevería a enviar a nadie en una nave de propulsión eléctrica. De momento, no podemos hacer nada más.

»Escuche, Stef, quiero que interrogue a uno de los «ulmos» que hemos capturado.

— Sí, coronel.

— Podemos levantar la reunión.

—Abandonaron todos cabizbajos el gabinete del doctor Kirx, quien intercambio una mirada de complicidad con Stef cuando salía.

—Te veré en mi casa, Stef.

—Iré a verte

Minutos después, el coronel Cargrave hizo subir a Stef a un vehículo que aguardaba en la calle. Enry Marx, perplejo, también subió con ellos. Dax Winner y el geólogo Spurr se alejaron caminando.

— Uno de los «ulmos» que hemos capturado tiene que decirnos por qué nos atacan, Stef —habló Cargrave—, Es el único superviviente.

—¿Quién dio la orden de disparar a matar? —preguntó Stef.

—Yo. No había más remedio.

— ¡Pero ellos no nos matan, sino que nos hieren!

— Las descargas vibratorias son ineficaces contra el sistema nervioso de esos indígenas —contestó Cargrave—, Para detenerlos en sus ataques, ha sido preciso tirar a matar. Le aseguro a usted que no he tenido más remedio que dar la orden, acogiéndome a las instrucciones referentes al peligro de cualquiera de nosotros.

—¿Está usted seguro de que los heridos corren peligro? — insistió Stef.

— ¡No sabemos cómo curarlos!

— Pero viven.

— ¡No creo que desapruebe usted mis órdenes, Stef! —prorrumpió Cargrave—. Asumo la responsabilidad de toda la expedición. Estamos en un mundo extraño y no sé cuándo podremos recibir auxilio. En estas circunstancias, creo conveniente que nadie se oponga a mis órdenes.

—Estoy seguro de que Stef no se opone a tus órdenes Jeff —Intervino Enry Marx—. Sin embargo lo que sucede es que Stef tiene ideas particulares sobre este asunto y ama a los «ulmos». ¿Qué crees que les ha hecho cambiar respecto a nosotros? Antes eran buenos. Pero de pronto, se han ido a la selva y nos están hostigando continuamente.

— No lo sé — contestó Stef.

—Todo ha sucedido mientras nosotros hemos estado en Dimraki —terció Marx.

— Ni siquiera tenemos la seguridad de haber estado allí.

— ¡Yo vi un templo de piedra, aunque Krix no lo haya encontrado en mi mente! —afirmó Marx, rotundamente.

Por suerte, llegaron al edificio-almacén donde estaba el prisionero «ulmo». Cargrave detuvo el vehículo y penetraron en una sala donde había varios obreros y técnicos armados.

—¿Dónde está el prisionero? —preguntó el coronel Cargrave.

Uno de los guardianes acompañó a los tres hombres hasta una habitación interior, cuya puerta también estaba custodiada.

—Ahí —dijo el guardián.

Abrieron la puerta. Stef vio a un «ulmo» velludo tendido en el suelo, boca abajo. La primera impresión fue de que estaba muerto. Pero al acercarse a él, el nativo movió la cabeza.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Stef.

El «ulmo» no respondió.

— Deseo saber qué os ha ocurrido. ¿Por qué habéis dejado vuestro poblado y por qué nos estáis atacando, si somos amigos?

Tampoco obtuvo repuesta.

— Deberíamos darle una paliza —dijo Enry Marx—. Eso desataría su lengua.

— No. A golpes no conseguiríamos nada —replicó Stef—. Insistiré.

Volvió a repetir sus preguntas, en lengua «ulma», pero el nativo continuó

sin contestar, hasta que Stef inquirió:

—¿No ha sido una orden de Dimrakiwa?

El nativo dio muestras entonces de inquietud, que no pasó inadvertida para Cargrave y Enry Marx.

— Contesta. No te haremos daño alguno. Sólo queremos ayudarte y ayudar a tus hermanos de tribu. Algo os ha inducido a huir y luego a atacarnos. ¿Os lo ha mandado Aki?

— No —contestó el nativo — , Pero os llevasteis a Jukma sacándolo de su choza.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Cargrave en tono apremiante.

Stef no le hizo caso e insistió:

—¿Es por eso? Jukma tenía que ser atendido por nuestros médicos. Estaba muy grave.

— ¡Siempre ha estado así! Pero Jukma es sagrado para nosotros. Es protegido de Aki.

Stef se volvió a Jeff Cargrave.

— Dice que se han levantado contra nosotros porque nos llevamos al viejo Jukma.

— ¡Oh!

— No debimos hacerlo.

—Si eso es lo que quieren, se lo devolveremos.

Stef repitió la proposición de Cargrave, pero el nativo denegó con la cabeza, diciendo:

— No. Queremos que os vayáis de nuestro mundo. Volved al vuestro y olvidadnos.

— Eso no lo haremos jamás.

— Pues os mataremos a todos. Vendrán otras tribus y os atacarán continuamente hasta eliminaros a todos.

— ¡Nosotros somos muchos más que vosotros! ¡Del cielo bajarán las naves de guerra y asolarán este planeta! ¡Debéis entender eso!

— ¡Aki nos protegerá! —terminó el «ulmo».

Stef comprendió que no sacaría nada más en limpio y tradujo todo lo que el hombre de Kozah había dicho. Cargrave se quedó pensativo, pero Enry Marx dijo:

— Creo que sería conveniente hacer estallar una granada atómica sobre la montaña cubierta de nubes blancas. Puede que así terminase todo esto.

* * *

Jukma yacía en un lecho blanco. Sus facciones casi momificadas no se alteraron en absoluto cuando Stef y Wilma Bellamy se acercaron a él. Sus ojos hundidos y grises, empero, parecieron irradiar un destello de inteligencia.

Stef trató de imaginar, por las facciones y por el esqueleto que se adivinaba bajo las sábanas cómo habría sido aquel hombre en su juventud. Quizás un oso velludo como los «ulmos», con miembros deformes y cráneo

aplastado.

— ¿Puedes oírme, Jukma? —preguntó Stef.

— Sí, te oigo, hombre que habla nuestra lengua.

— Los «ulmos» han huido a la selva y nos están atacando. Un prisionero que hemos capturado afirma que lo han hecho porque te hemos traído aquí.

— Sí. Debiste dejarme en mi choza. Aquí hay demasiada luz para mis pobres ojos. Estoy muy cansado... Y deseo morir de una vez.

— No puedes morir. Aki no lo desea.

Jukma movió ligeramente el rostro.

—¿Aki? ¿Ella no quiere que muera todavía?

-No.

—¿Cómo lo sabes? ¿La has visto? ¿Vive todavía?

— Sí, la he visto —afirmó Stef—. Y supe que tú hiciste construir el templo de Aki.

— ¡Ah, qué lejano está todo aquello...! ¡Muy lejano!

—¿Fuiste el amante de Aki?

— ¡Ah! Sí, yo la amé. Estuve con ella mucho tiempo... ¡Muchísimo tiempo! Hasta que llegué a odiarla. Nadie puede vivir una vida tan larga con una mujer...

—¿Qué dice? —preguntó Wilma, tomando a Stef por el brazo.

—Aguarda, Wilma. Luego te lo contaré todo —replicó él, volviéndose de nuevo al individuo multimilenario —. ¿Y cómo es que, si ella te hizo inmortal, has llegado a este extremo, Jukma?

— Debía permanecer a su lado... Había algo en la esencia que respirábamos allí que conserva la vida y el cuerpo. Pero al dejarlo, empecé a envejecer... ¡Y esto no acabará jamás! ¡Ya no puedo moverme, no; pero sigo viviendo! ¡Y yo deseo descansar para siempre!

—Yo quiero ayudarte, Jukma.

— Nadie puede ayudarme. Yo lo sé.

—Te equivocas, Jukma. Tengo que volver al templo de Aki, pero no es posible atravesar las nubes que rodean la cumbre de la montaña, porque Aki ha colocado una barrera que nadie puede atravesar.

»¿Sabes tú cómo se puede entrar, sin que Aki se entere?

— Ella lo sabe todo, hombre que habla nuestra lengua. Posee ojos extraños que están en todas partes. Inclusive puede estar escuchando nuestra conversación, sin moverse de su cámara mágica... La sala de las luces, de colores como yo la llamaba... ¡Ah, dulce, amada y perversa Aki ¡Veo en tus ojos que la has tenido en tus brazos, hombre de la Tierra!

— Sí, es cierto. Aki necesita alguien que le haga compañía.

—¿Y te ha propuesto vivir muchos años?

—Sí.

— No aceptes. Vivir mucho es sufrir mucho. Uno tiene que vivir lo suyo, nada más. Ella no es de mi mundo. Ni siquiera del tuyo. No sé de dónde es. Su mundo puede haber estallado ya hace siglos. Pero ella sigue cumpliendo

las instrucciones que le dieron. Y permanecerá allí hasta que Kozah deje de existir.

— Estoy convencido de que, furiosa por ni negativa, ha inducido a los «ulmos» a la guerra. Pero ellos alegan que luchan por rescatarte. ¿A quién debo creer, Jukma?

—Aki es vengativa... Una «diosa-mujer» mala... Muy bella, sin duda, pero maligna y rencorosa... No, los «ulmos» no lucharían por mí. Hace siglos que me cuidan, sin quererlo, porque yo no soy de su tribu. Fue Aki la que les obligó... Yo no era un amigo, sino un enemigo... En realidad, al principio, cuando llegué con ellos, era un prisionero. Luego, se familiarizaron conmigo. Los abuelos de los actuales «ulmos» me dejaron cazar con ellos y me consideraron como de su tribu. Puede que lo mandase Aki. No lo sé. No he comprendido jamás a esa mujer.

»Y como nada sabía de ella, porque me estaba prohibido ir a escucharla, creí que podía haber muerto. Es fácil desorientarse entre las nubes y caer desde la cumbre.

»¿Tú quieres subir hasta allí, sin que ella se entere? ¡Ah, yo puedo ayudarte, sí! Puedes hacerlo por la escalera, durante la oscuridad de la noche. Pero debes evitar el pisar treinta peldaños... Déjame pensar... Sí, eso es... mi memoria no me falla... El tercer peldaño avisa. Dos sí, uno no. Así hasta haber eludido treinta peldaños. Luego son cada diez... ¿Me comprendes?

— Repítemelo, por favor.

—Puedes pisar los dos primeros. El tercero, no; luego, dos más sí, y el sexto no; así hasta que hayas saltado treinta, después, puedes pisar nueve y el décimo no hasta que hayas contado diez veces diez.

—¿Qué tienen esos escalones que no se pueden pisar?

— Una trampa mortal, hombre que habla nuestra lengua. Si pisas los peldaños prohibidos, no te ocurra nada hasta que estés próximo a la cumbre. Entonces los escalones se hundirán de súbito y, al no tener asidero, caerás hasta la plataforma, donde tu cuerpo quedará destruido por el golpe.

»Eso le ocurrió a muchos indígenas de Kozah que quisieron conocer el rostro de Aki. Sus cuerpos fueron devorados por las aves carniceras, que los llevaban a sus nidos y se comían hasta los huesos.

»Hay muchas aves gigantes en la Dimraki.

— ¿Y una vez esté arriba, en la cumbre? —preguntó Stef.

— Delante de la gran puerta hay dos filas de peldaños. Debes presionar primero sobre el tercero de la izquierda, quedándote luego inmóvil en el centro. Luego, sobre el quinto de la derecha. Y, por último, sobre él décimo de la izquierda. ¿Me has comprendido? Hay que permanecer de pie sobre esas piedras unos instantes, el tiempo suficiente para contar ocho o diez.

»Si lo haces así, la puerta del templo se abrirá y podrás llegar hasta donde duerme Aki. Pero no la beses, porque te abrasará y jamás podrás separarte de su lado... ¡Tienes que matarla!

— ¡No era ésa mi intención! —exclamó Stef—. Sólo quería convencerla

para que nos dejase vivir aquí en paz.

— ¡No, cierra los ojos de tus sentimientos y mátala! ¡Sólo así podréis vivir! ¡Si no lo haces, acabará contigo y con todos vosotros!

Después de decir esto, Jukma pareció quedar muy cansado, porque cerró los ojos y jadeó de un modo agónico.

— Será mejor que no le fatigues más —suplicó Wilma—. ¿Qué es lo que te ha dicho?

Stef se volvió a Wilma y la miró a los ojos, tomándola en brazos:

— Hemos hablado de algo muy importante, Wilma. Y está relacionado con nosotros. Creo que ha llegado el momento en que hablemos también tú y yo.

Salieron de la sala del anciano y se dirigieron hacia el despacho que Wilma tenía en el hospital. Allí, antes de entrar en materia, Stef utilizó la máquina electrónica y se sirvió dos cafés, uno de los cuales entregó a ella.

—¿Qué te ha parecido la explicación del doctor Krix? —preguntó Stef, luego.

— Poco plausible, sin duda.

— Bien, Wilma. Krix y yo sabemos toda la verdad. Y no es lo que hemos dicho a Marx y Cargrave.

Wilma pareció alarmarse.

— No te asustes, Wilma. Hablemos primero de nosotros dos. Deseo que sepas, en primer lugar, que te amo y anhelo hacerte mi esposa.

-¡Oh, Stef!

— Sin embargo, algo muy grave ha venido a interponerse entre tú y yo.

—¿Otra mujer?

— Sí, otra mujer. Pero no como tú imaginas.

—¿La que nos habló allá en la cumbre de Dimrakiwa?

— ¡Exactamente! ¡La voz de la montaña de Aki! Krix ha descubierto que esa mujer existe. Y yo he estado con ella, involuntariamente, durante dieciocho días.

— Entonces, ¿porqué...?

Sin ocultar absolutamente nada, Stef explicó todo lo que había ocurrido durante el período amnésico, y las razones que tuvieron él y el doctor Krix para ocultar la verdad.

—¿Comprendes ahora? —terminó él.

Wilma se había quedado atónita, escuchando el relato. Ahora, sin embargo, salió de su asombro y sólo acertó a preguntar:

—¿Estás enamorado de ella, Stef?

— No. Ni siquiera sabía lo que ocurrió entre los dos. Ella lo borró todo de mi mente. Pero es una mujer extraordinaria. Significa un puente entre su mundo y el nuestro. Por eso debo volver a verla. Y no hacer caso a lo que haya dicho Jukma. Yo espero convencerla. Y si es preciso, me sacrificaré por nuestra raza.

—¿Y por qué has de ser tú, Stef?

— Hablo la lengua de los «ulmos», que ella entiende.

—¿Y te propones quedarte con ella?

— No es ése mi propósito, Wilma. Te hablo con el corazón en la mano. Pero nos encontramos ante un caso insólito y excepcional, que ningún mortal puede desaprovechar, no en beneficio propio, sino en el de todos nosotros.

»La civilización de Aki es muy superior a la nuestra. Necesitamos saber más cosas de ella...

— Sí, entiendo. Lo comprendo todo perfectamente, Stef —Wilma habló en tono triste—. Pero presiento que esta será nuestra separación... ¡Tú y yo no podremos...!

Wilma ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar. Stef tuvo que consolarla.

— ¡Volveré, Wilma! ¡Dios me ayudará, como me está ayudando! Ahora seré diferente. Sé cómo llegar hasta ella. Pediré, exigiré...

— ¿Y si no consigues nada?

—Thomas Krix revelará entonces a nuestra civilización lo que hemos descubierto. Nadie, ni siquiera Aki, podrá impedir que millones de aventureros vengan en busca de la fuente de la vida eterna.

»Confío en que ella comprenda ese peligro y se avenga a pactar conmigo. Ahora, las condiciones las impondré yo.

— ¡Tengo miedo, Stef! ¡Tengo miedo de que te ocurra algo!

— En el peor de los casos, acuérdate de mí, amor mío.

Stef tomó en sus brazos a Wilma y la besó fuertemente.

CAPITULO VII

LA VOZ DE LA MONTAÑA DE AKI

EL capitán piloto Dax Winner vivía en un alojamiento para oficiales, y uno de los hombres que estaba de guardia, en el vestíbulo, armado con un fusil eléctrico, señaló a Stef Bulkan donde podía encontrar a su hombre.

Efectivamente, Dax Winner estaba durmiendo, pero se despertó en seguida al ser sacudido por Stef.

—¿Qué desconsideración es...? —empezó a decir Dax, frotándose los ojos.

El otro se incorporó y miro a Stef con atención.

— Lo siento, capitán Winner —dijo Stef—. Necesito hablar contigo. Es vital. Hemos de volver a Dimraki.

—Estas no son horas de despertar a…

—¿Volver a...? ¡Infiernos, no! ¡El doctor Krix ha dicho que estamos locos y tiene razón! ¡No sé si la cabeza que tengo sobre los hombros es mía o de otro! ¡Estoy dispuesto a no creer nada de lo que piense!

—Te hablo en serio, Winner. Hay algo muy importante en Dimraki.

—¿Qué quiere decir ese nombre? Todavía no lo he comprendido del todo bien. ¿No es Dimrakiwa?

— En lenguaje «ulmo» «dímra» significa montaña y «wa», voz. Aki es el oráculo de Kozah, La «diosa-mujer» que controla y vigila a los habitantes de este planeta. Dimrakiwa es, pues, la voz de la montaña de Aki.

— ¡Vaya! —exclamó Dax Winner—. Puedo seguir durmiendo tranquilo. Y, desde luego, no seré yo quien vuelva allí. Rences está loco. Me dijo que intentó atravesar las nubes de aquella montaña y siempre tropezaba con un muro infranqueable e invisible. ¿Eh?

— No quiero que atravesemos las nubes, capitán Winner — insistió Stef —. Con que me dejes en la plataforma inferior, tengo suficiente.

— Bueno, Stef. ¿Qué ocurre?

— No puedo decírtelo. Lo siento. Sólo puedo indicar que es cuestión de vida o muerte para todos nosotros, incluso para el progreso de nuestra civilización, y, por tanto, tengo que ir allí.

Dax Winner miró fijamente a Stef.

—¿Vida o muerte?

— Mucho más que eso podría decirte.

—¿Qué dice el coronel Cargrave?

— No sabe nada.

—¿No? ¿Y quieres que vayamos sin su permiso?

— Sí. Hemos de hacerlo, Winner. Aunque nos cueste la vida a los dos.

— Pero..., ¿estás loco, doctor Bulkan?

— Lo ignoro. Lo único que sé es que debo volver a la montaña de Aki y cuanto antes mejor.

La obstinada actitud de Stef desesperó al piloto, quien estalló al fin:

—¿Quieres que te lleve a esa montaña, sin permiso del coronel Cargrave, y no me das ni una razón convincente para justificar tu actitud, excepto la explicación ambigua de ser una cuestión de vida o muerte para todos nosotros? ¿Y tienes la presunción de que te crea, después de lo ocurrido?

— ¡Has de creerme, Winner; no puedo explicarte nada más! ¡Debes llevarme allí sin hablar con nadie!

— ¡No lo haré! —declaró Dax Winner, resuelto.

—¿Y si te obligo? —preguntó Stef, asiendo el arma eléctrica que llevaba en la cadera, con la funda abierta.

— Pero... ¿Es en serio, Stef Bulkan?

— Sí. Escucha, Dax. Tú sabes que allí ocurrió algo. El doctor Krix sabe lo que fue, pero no conviene divulgarlo. Es un terrible secreto. Haz una cosa. Llama al doctor Krix. Está en su gabinete. Pregúntale si debes hacer lo que te pido.

El tono de la voz de Stef era angustioso e impresionante. Dax Winner comprendió entonces que detrás de la insólita petición de Stef había algo tan profundo y misterioso como todo lo que él creía haber visto y oído en el tiempo que permaneció consciente en la cumbre de la sorprendente montaña.

—¿Sabe el doctor Krix la razón de todo esto?

— Sí. Pero, igual que yo, no puede explicártelo.

— Está bien.

Dax Winner se levantó y fue a sentarse delante del videófono. Hizo la llamada y, al instante, apareció el semblante del doctor Krix en la pantalla.

— Perdone, doctor Kris. Stef Bulkan está aquí y me ha pedido...

— Sí, capitán Winner. Lo sé —respondió Krix—. Llévele.

Al cerrar la comunicación, Dax Winner lanzó un suspiro y se volvió a Stef.

— Está bien, tú ganas. Habré de apoderarme de un «aircraft». Resulta que Cargrave ha ordenado la suspensión de todos los vuelos. Estamos casi sin combustible y...

— ¡Hay que hacerse con un aparato, Winner!

* * *

Dax Winner logró el «aircraft» por medio de engaños. Sabía que su partida sería descubierta, pero, influido, por las palabras de Stef y Krix, no le importó lo que pudiera ocurrirle.

Amanecía en Kozah cuando él y Stef Bulkan subían a un aparato clandestinamente.

Poco después, mientras alguien les llamaba insistentemente por radio, para impedir el despegue, el «aircraft» se deslizaba unos metros fuera del hangar y ascendía rápidamente.

—¿Qué es esa luz intermitente? —preguntó Stef, que iba sentado junto al capitán piloto.

—¿Eso? ¡Es Harry que ha descubierto mi engaño! —exclamó Winner, malhumorado—. Si vuelvo, seré arrestado y, posiblemente, me prohibirán volver a volar. Y todo porque estoy loco como tú y no sé lo que me llevo entre manos.

Stef palmoteó el hombro del piloto y dijo:

— Hay secretos que es mejor no compartirlos con nadie, Dax Winner. Este volcaría demasiado peso sobre tus hombros.

—¿Qué piensas hacer una vez lleguemos allí? Me han asegurado que ya no se pueden cruzar las nubes.

— Lo sé. Pero hay una escalera.

— ¡Ni un hombre mosca subiría por aquella escalera! ¡Está casi en vertical!

— Lo sé, Winner. Y tiene más de trescientos metros de altura. Con otro inconveniente. Hay escalones que se hunden sin previo aviso. Si esto me ocurre, caeré y me estrellaré contra el suelo.

— ¡Hermosa perspectiva, Stef! —masculló Dax Winner—. ¿Y, sin embargo, vamos a intentar el regreso a la cúspide de aquella montaña? ¿Qué hay allá arriba?

— Un templo.

— Lo sé. Lo vi con mis propios ojos. El doctor Krix no puede borrar eso de mi mente. Y vi una puerta luminosa. Pero hay algo más.

— ¿Serás capaz de callarte si te digo que en ese templo vive una mujer desde hace más de un billón de años?

El semblante de Dax Winner se volvió blanco como la cera. Giró sobre su cuello y sus ojos se hundieron intensamente en los de Stef.

—¿Una mujer que vive más de...? ¿Qué?

— Una mujer sin tiempo. Hermosa y fascinante mujer, Winner.

—¿Hay alguien capaz de vivir tanto tiempo?

— El viejo Jukma, que vivió con Aki, tiene más de diez mil años solares.

— ¿Esa momia viviente que tiene en el hospital? ¿Por qué dices que la mujer a la que vas a ver es hermosa y fascinante, si debe ser momia de momias?

—Yo la he visto, Winner. He estado con ella durante dieciocho días.

El estupor no desaparecía del semblante de Dax Winner.

—¿La has visto, dices?

—Y la he tocado.

— ¡Por el viejo Lucifer! ¿Qué clase de mujer es?

— Pertenece a otra raza.

— ¡Ah! ¿No es humana?

—Su aspecto es como el nuestro. Joven, al parecer; hermosa, de extraordinaria inteligencia, con conocimientos de ciencias y técnicas que nosotros tardaremos miles de años en alcanzar... Bueno, ya te he dicho demasiado, Winner. Sabes tanto como yo y como Thomas Krix. Esto te convierte en cómplice nuestro.

—¿Y por qué no puede saberlo Jeff Cargrave?

—Todavía no. Ni Krix ni yo podemos divulgar nuestro secreto que no nos pertenece. Pensamos que es necesario volver allá. Aki ha cerrado el camino a todos nosotros. No quiere que su mundo se mezcle con el nuestro, y hasta trató de borrar de nuestras mentes cuanto sabíamos de ella.

»No lo ha logrado. Ahora, intentaré convencerla o no me volveréis a ver más. Krix lo sabe y es consciente del riesgo que corre. Lo mismo te digo a ti, Winner.

»Esa mujer puede impedir que los nativos exterminen la expedición «Ibis-Z». Y yo debo convencerla como sea, aun a costa de mi vida. Mis argumentos son débiles, lo sé. Pero nadie de nuestro mundo cesará en su empeño jamás y tratarán de averiguar lo que nos haya podido suceder.

»Si eso no lo ha pensado Aki, debe saberlo. Puedo desaparecer yo, tú, Kris y todos. Pero detrás nuestro vendrán miles y miles de seres humanos, y, al final, cuando sea, sabrán la verdad.

— ¡Desde luego! —exclamó Dax Winner.

—Ahora ya lo sabes, Winner. Hemos tropezado, no con grupos tribales primitivos, sino con la representante de una raza multimilenaria, cuya misión aquí consiste, al parecer, en vigilar un desarrollo evolutivo natural. Ella es ama de vidas y tierras. Posee medios extraordinarios para cumplir su misión.

Y nosotros necesitamos ese contacto a toda costa. Yo entiendo la lengua que ella habla. Soy el más indicado para ir.

— Sí, desde luego —admitió Winner, reflexivamente —. Y no te envidio.

— Deseo que permanezcas al pie de la escalera mientras yo trepo. Jukma me dijo lo que debía hacer para alcanzar la cumbre. No trates de seguirme porque los peldaños tienen una clave secreta para poderlos pisar. Si no la conoces, dice Jukma, la muerte es segura. Yo me la he aprendido de memoria, pero, en verdad, confieso que no me fío de la memoria del viejo. Ese templo debió construirse hace diez mil años o más.

— ¡Cielos! ¿Por qué no intentamos primero cruzar las nubes?

— Hazlo, si quieres. Pero no creo que logremos nada. Parece que esa escalera es el único medio para alcanzar la cumbre, o... ¡la muerte!

—Ahora empiezo a creer que tenías razón al no querer comunicarme el secreto. ¿Qué hago si te matas?

— Recoger mi cadáver y volver a la base. Thomas Krix sabe lo que debe hacer... ¡Ah, y decir a Wilma Bellamy que mi último pensamiento fue para ella!

* * *

Dax Winner lo intentó varias veces, por lugares distintos. Pero el «aircraft» se detenía siempre entre las nubes, sin poder seguir adelante, como si un muro invisible se hubiese formado ante ellos.

El «aircraft» avanzaba despacio, chocaba su proa contra el indetectable obstáculo y ni toda la fuerza de sus retropropulsores, podía hacerle continuar.

Sólo era posible retroceder.

Lo intentaron también ascendiendo en vertical por donde estaba situada la escalera de piedra, cuyos peldaños, de un metro de ancho y treinta centímetros de alto, por otros tantos de profundidad, examinaron de cerca, a través de las ventanas panorámicas; el resultado fue el mismo. Se hundían en la masa neblinosa, pero el obstáculo debía nacer en el mismo borde del precipicio.

— Es inútil —confesó al fin Winner—. Cuando lo hicimos por vez primera, esa barrera no existía. ¿Quieres que sitúe el aparato junto a la escalera para que trates de ganar los últimos peldaños? Te ahorrarás la escalada.

— No creo que dé resultado, Winner —contestó Stef—. Los peldaños deben estar conectados a un circuito situado en alguna parte del templo. Es preciso pisar unos y otros no. ¿Comprendes? Sólo así, según Jukma, es posible penetrar en el templo.

— El riesgo es terrible —admitió Winner, que había situado el «aircraft» en posición antigravitacional y examinaba la extraña escalera, situada a menos de seis metros, por debajo del extraño banco de nubes.

— Lo sé.

—Tiene más de trescientos metros de altura. Si te da vértigo, puedes darte por muerto. ¿No sería mejor que yo fuese ascendiendo junto a ti, lentamente, sin tocar la escalera? En un momento de apuro, podrías saltar aquí.

— La idea no me parece mala —admitió Stef, sopesando aquella posibilidad — . Tú podías ascender lentamente, detrás de mí y si fallo y se hunden los escalones, agarraré a la nave.

— Exacto.

— Bien. Pero empezaremos por abajo. Debo contar meticulosamente los peldaños.

—Y una vez arriba, ¿cómo atravesarás el muro invisible?

— No lo sé. La nave no ha encontrado paso. Pero tal vez yo lo encuentre. Debes confesar que el «aircraft» es mayor que un hombre. Además, los peldaños pueden ser contactos electrónicos que pongan en funcionamiento algún circuito.

— Confiemos que así sea. Vamos abajo.

El «aircraft» descendió con la velocidad de un ascensor, hasta posarse sobre la plataforma inferior, donde pudieron comprobar que la gran mancha oscura que había en el suelo tenía sus orígenes, posiblemente, en la sangre vertida por los que debieron caer desde las alturas, al tratar de escalar la montaña de Aki.

—¿Sangre? —señaló Winner, estremeciéndose.

— Eso creo.

—¿Y los cadáveres o esqueletos?

En vez de responder, Stef señaló la presencia de una gran ave que se deslizaba a gran altura, en círculos.

— ¿Qué es?

— Algo así como un águila gigante. Se llama «buka» y su pico nos trituraría en unos minutos. Tiene más de ocho metros de anchura en sus alas y pesa más de doscientos cincuenta kilogramos.

— ¡Diablos, de pájaro! Por suerte, no hay muchos.

Tuvieron que esperar al anochecer. Así lo indicó el viejo

Jukma. De día era inútil intentar nada y Stef Bulkan estaba dispuesto a seguir las instrucciones al pie de la letra. Por suerte, en Kozah, los días eran más cortos que en la Tierra, y la noche llegó pronto.

Dax Winner ocupó los mandos del «aircraft» y dirigió éste hasta situarlo, con la compuerta abierta, justamente sobre donde se iniciaban los primeros peldaños de la escalera.

A la luz de los focos del «aircraft», Stef subió los dos primeros peldaños. El tercero lo pasó sin rozar siquiera, de suerte que del segundo pasó al cuarto. En el sexto hizo la misma operación. Por su parte, Dax Winner hizo ascender el «aircraft» casi al mismo tiempo que trepaba Stef. Y tuvo la curiosidad de contar detenidamente los saltos que ejecutaba Stef.

De aquel modo, enterándose «in situ» de la clave para trepar por la escalera, Dax Winner fue ascendiendo a la vez que Stef, sin acercarse nunca a menos de un metro del muro de la montaña, cuya escalera trepaba Stef, recordando cuanto le dijo Jukma.

En caso de accidente, Stef podía aferrarse a la escotilla abierta del «aircraft», que se mantenía siempre a su lado, ascendiendo invariablemente, sin ruido, a escasa distancia de él.

Incluso podían hablar los dos hombres, porque, sentado ante los mandos, Dax se encontraba a menos de dos metros de su compañero.

—¿Qué tal va eso? Veo que te apoyas siempre en dos y saltas el siguiente.

— Exacto, Winner. Hasta haberlo repetido treinta veces. Luego, serán nueve y el décimo no debo pisarlo.

—¿Quieres descansar?

— No. Esto se sube con facilidad.

Efectivamente, la presencia del «aircraft» junto a él era una gran tranquilidad. Stef iba trepando con facilidad, sin prisa. De vez en cuando se detenía y Dax Winner hacía lo mismo. Excepto las luces del aparato, la más impenetrable oscuridad reinaba en aquel paraje misterioso.

Poco a poco, la altura se fue haciendo considerable. Stef iba haciendo unas señales con su lápiz eléctrico, para no equivocarse en la numeración, especialmente, desde que inició el ascenso de nueve escalones pisables y uno intocable. Y, precisamente, cada décimo peldaño, ni siquiera lo tocaba con el lápiz.

CAPITULO VIII

REENCARNACIÓN

AL llegar cerca de la cumbre, Stef se detuvo. Pocos peldaños, más arriba empezaban las nubes, que ahora, en la oscuridad, eran negras y siniestras.

— Es posible que no puedas seguir acompañándome, Dax —dijo a su camarada Winner—. Sigue hasta donde puedas. Tu luz me alumbrará entre las nubes. Luego, veremos lo que sucede.

— Descuida, Stef. Permaneceré a tu lado hasta el último instante.

Efectivamente, seis escalones más arriba, las nubes envolvieron a Stef. Siguió trepando. Veía perfectamente las luces que se filtraban entre la neblina. El «aircraft», en silencio, suspendido por sus dispositivos antigravitacionales, continuaba a pocos centímetros de él.

Incluso podían seguir hablándose a través de la niebla.

—¿Cómo vas, Stef? —preguntó Winner.

— Sigo trepando, pero la visibilidad es nula. Esto quiere decir que la niebla se hace más densa.

— No te preocupes. Estoy cerca de ti. ¿Ves el reflejo?

— Sí. Y los peldaños. Respiro con normalidad.

De pronto, Stef vio ante él un agujero completamente rectangular.

— ¡Winner! —llamó.

—¿Qué?

— He encontrado algo así como un túnel. Sube unos metros.

— Sí... ¡Oh, Stef, el «aircraft» ya no puede subir más! ¡Estoy tocando el techo!

— Por aquí se puede entrar... Vuelve abajo, Dax.

—¿No quieres que te acompañe? Puedo arrimar el aparato al muro y unirme a ti...

— ¡No lo hagas! Regresa abajo. Espera a que se haga de día y vuelve a la colina. Yo estoy ya en el buen camino. Voy a encender la lámpara.

— Está bien, Stef. Buena suerte —contestó la voz de Winner, a través de la neblina.

Stef encendió su lámpara y esperó a que el «aircraft» se alejara. Ahora estaba sentado en la entrada del túnel rectangular, hacia cuyo interior alumbró. Había comprobado también que los peldaños terminaban exactamente en aquel agujero. Por encima de éste no había más que la pared lisa de roca.

Al quedarse solo, Stef avanzó a gatas por el túnel. Observó que el techo se elevaba a los pocos metros, permitiéndole avanzar de pie. Y, unos diez metros más adelante, vio una escalera que terminaba en una losa de piedra, la cual giraba sobre dos ejes. Empujó uno de los extremos y la piedra se inclinó, franqueándole el paso.

Al salir del agujero se encontró exactamente frente al templo de Aki, que

estaba rodeado de tinieblas. Pero su potente lámpara de mano alumbró todo el lugar.

Vio el techo de nubes, como una esfera blanca, que envolvía la cumbre de aquel pico montañoso en forma de pirámide. Luego, centró su atención en el pórtico del templo, a cuyas escalinatas se dirigió.

—Ahí están los peldaños —se dijo Stef—. Debo situarme sobre el tercero de la izquierda y contar hasta ocho o diez... Después, el quinto de la escalinata derecha. Y, en último lugar, el décimo de la izquierda.

Stef poseía una memoria extraordinaria. Gracias a esto había podido aprender más de veinte idiomas, antiguos y modernos, y casi otros tantos dialectos, por lo que estaba considerado como un magnífico filólogo.

Realizó las tres posiciones, y mientras permanecía sobre el último escalón, alumbró con la lámpara la entrada del templo. No se maravilló en absoluto al ver descorrerse silenciosamente la puerta metálica, hacia la que avanzó entonces, deteniéndose en el mismo dintel.

—Jukma dijo que Aki estaría descansando... Pero todas las puertas interiores están cerradas... ¿Cómo podré llegar hasta ella, sin que me intercepten sus «criados» invisibles?

Stef recordaba ahora perfectamente toda la disposición interior de aquel lugar. Estuvo allí dieciocho días, que Aki trató de borrar de su mente, por medio de la amnesia. Pero el doctor Krix habría descorrido la cortina mental y ahora Stef podía recordarlo todo.

Por eso avanzó hacia el interior del fantástico palacio. Y no bien hubo dado unos pasos, la puerta se cerró silenciosamente a su espalda. Se volvió a tiempo de ver las dos hojas metálicas ajustarse perfectamente, como si se tratase de una sola.

— ¡Vaya! —se dijo—. La trampa acaba de cerrarse.

Stef sabía, no obstante, que las puertas interiores se abrían también y se cerraban solas, como si los circuitos que accionaban sus resortes obedecieran influencias de proximidad.

Efectivamente, una gran puerta metálica se descorrió sin ruido al acercarse él, volviendo a cerrarse una vez hubo cruzado el umbral.

Dentro del templo-palacio reinaba una curiosa penumbra que ya anteriormente había llamado la atención de Stef. No había luz, excepto cuando era de día en Kozah, puesto que el sol parecía filtrarse por alguna parte. De «noche» sin embargo, se podía ver perfectamente, gracias a lo que podía llamarse «luz negra» o infrarroja, que sumiéndolo todo en la penumbra, permitía ver con todo detalle los objetos más pequeños.

Aki debía estar descansando en aquellos instantes. Stef lo sabía. Y por ello subió una amplia escalinata, sin barandilla, que ascendía hasta su primer piso circular.

Stef se dirigió directamente hacia donde estaba el aposento de Aki. Se detuvo a unos metros de la puerta. Sólo escuchó los latidos de su propio corazón.

Luego, avanzó, y la puerta se descorrió en completo silencio.

Al fondo, sobre un lecho circular, tendida sobre vaporosas y finas telas azules, yacía Aki, sólo cubierta con un vaporoso velo que no ocultaba la línea perfecta de su cuerpo.

Stef penetró de puntillas en la estancia. Estaba sorprendido de lo fácil que había resultado todo. Y pensó que cualquiera que estuviese en el secreto, podía llegar hasta Aki y, si tenía aviesas intenciones, hasta fulminarla con un disparo.

Stef no estaba allí para matar. Ignoraba si esto era posible. Quizás, Aki era invulnerable a los disparos de alto voltaje, aunque pareciera tan frágil, inmóvil y con expresión de estar disfrutando un sueño inefable.

Stef no quiso despertarla. Eligió una butaca rellena de aire y se sentó. Al entrar en la estancia, la puerta se había vuelto a cerrar a su espalda. Estaba, pues, a solas con aquella misteriosa y extraordinaria mujer de origen desconocido. Y ella dormía plácidamente, ajena a su presencia a tan escasa distancia.

De pronto, la mujer se movió en su amplio y suntuoso lecho. Extendió un brazo y volvió la cabeza. Tenía los ojos cerrados. Stef pudo contemplarla perfectamente ahora, como si ambos estuviesen mirándose.

Así transcurrió un largo rato. Stef podía consultar su reloj de pulsera, pero no lo hizo. Prefirió continuar allí, por tiempo indefinido, como embobado en la contemplación de aquella hermosa figura, cuya posesión había obtenido días atrás de modo tan increíble.

Ahora, librado de la hipnosis amnésica, sabía que Aki le había amado durante dieciocho días. Era una mujer que en muy poco se diferenciaba de una mujer terrestre, de no haber sido por el color alabastrino de su piel.

Su cabello anaranjado, empero, no estaba ahora adornado con la diadema de piedras preciosas. Era ella y la sutil tela que la cubría.

Stef sufrió un prolongado tormento, al verla tan cerca de él, alumbrada por aquella misteriosa luz que no brotaba de lugar alguno, pero que iluminaba el aposento con tan misterioso efecto. Deseó acercarse a ella y besarla. Se contuvo. No quiso turbar aquel reposo perfecto. Además, prefirió permanecer allí soñando despierto.

Y hasta creyó vislumbrar un mundo extraño, posiblemente el lugar ultracivilizado de donde procedía ella, donde existían muchas mujeres como Aki.

De repente, cuando menos lo esperaba Stef, la luz de la estancia cambió de tonalidad, haciéndose clara y brillante. En el mismo momento, Aki alzó la cabeza y le vio. Sus facciones no se alteraron.

— ¡Oh, Stef! —exclamó—. Sabía que vendrías, pero no te esperaba tan pronto.

—¿Lo sabías?

Ella se incorporó hasta quedar sentada en el lecho, cerca del borde y próxima a él. Se apoyó sobre una mano y sonrió con exquisita gracia.

— Se supone que lo sé todo en Kozah.

—Yo no pertenezco a este mundo.

— Pero estás en él... ¡Y me alegro de volverte a ver, Stef Bulkan! Sé que has venido para no separarte jamás de mi lado.

— Lo siento, Aki. No es ese mi propósito.

Ella hizo un mohín con los labios.

—Aquí no hay más propósito que el mío, querido. Ven, acércate a mí.

Stef no se movió de su asiento. Dijo:

—¿Sabías que podía matarte? Llevo un arma en la funda. Y he permanecido mucho tiempo contemplándote.

— Nadie cuyos pensamientos sean malignos para mí podía penetrar en este lugar. Si estás aquí es porque tus intenciones eran buenas. Además, fui yo quien ordenó a Jukma que te diera la información precisa para venir aquí —Aki se levantó y avanzó, descalza, hacia Stef, cuyo rostro tomó entre sus cálidas manos. Sonrió arrebatadoramente al acercar sus labios a los de él —. Ansiaba tu modo de besar, Stef.

— He venido a pactar contigo.

—Todo cuanto me pidas te lo voy a conceder. ¿Qué más quieres?

—¿Por qué ordenaste a los «ulmos» que atacasen la colonia?

— No quiero a ningún terrestre en Kozah, ¡excepto a ti! Lo siento, pero tus compañeros han de desaparecer. Serán exterminados por los guerreros.

Stef empujó violentamente a Aki y se puso en pie. Su expresión se había transformado y una dureza agresiva parecía brotar de cada uno de sus gestos.

—¿Por qué has hecho eso, Aki?

— Debo proteger a los habitantes de Kozah. Es mi deber.

— ¡No, jamás una raza civilizada como la tuya puede decretar la muerte de seres semejantes!

— Nosotros no somos semejantes. Soy de Ektwere y tú eres de la Tierra. Sólo hago una excepción contigo.

— ¡Por eso he vuelto, Aki! —exclamó Stef—. Ni aunque mueran todos los componentes de la expedición «Ibis-Z» te librarás de nosotros. Debes conocernos mejor. Somos muchos millones de hombres y mujeres que nos hemos propuesto explorar el universo. Ignorábamos, al principio, lo que íbamos a encontrar en la Galaxia. Pero no nos ha sorprendido nada en absoluto hallar gentes más primitivas y más civilizadas que nosotros.

»Estaba dentro del cálculo de probabilidades. Esos nativos son más primitivos que nosotros, aunque antes hayan tenido una civilización superior. Y tú, mujer de carne y hueso, superior a nosotros técnicamente, también entrabas en dicho cálculo.

»Lo aceptamos todo, lo bueno y lo malo; lo primero, para mejorar con humildad, si es posible el entendimiento, de lo cual estoy seguro. Y lo segundo, para morir por nuestros principios.

—¿Qué discurso es éste, Stef? Yo soy aquí la que manda. Tú has vuelto y te quedas. Los tuyos deben desaparecer.

— ¡Pero vendrán todos, Akil ¡Jamás cesamos en un empeño, porque nos reta lo imposible!

—Todos los que vengan en sus naves serán exterminados — replicó secamente Aki.

— Hasta que encontremos el modo de esquivar tus armas. Y, entonces... ¡ése será tu fin!

— Mi fin no puede llegar nunca. Yo no puedo morir, Stef. Me autogenero continuamente, reencarno en mí misma de modo paulatino. Ese es el principio del Infinito Poder, del cual soy oficial.

— ¡Desvarías, Aki! Yo sé que no puedo comprenderte. Pero tú tienes el deber de comprenderme a mí. Y debes hacerlo, porque yo te lo ruego. Hemos de iniciar el diálogo. Establecer lazos amistosos, que no se logran por la violencia.

»Yo puedo enamorarme de ti y vivir aquí, o donde sea, contigo. Pero no sometido a ti, como un capricho. Tengo un corazón, un alma, un espíritu. Soy hombre e hijo de una raza altiva y luchadora. No se me puede tratar como a un nativo salvaje, al que se le prolonga la vida como castigo o como premio, por haberte tenido en sus brazos.

»Tú vives aquí sola, cumpliendo lo que llamas una misión que te fue impuesta por ese extraño Infinito Poder que yo desconozco. Es de eso que debes hablarme, hacerme copartícipe de tus conocimientos, igualmente a ti, para que nuestra unión pueda mantenerse.

»De lo contrario, entre nosotros no puede existir nada que pueda llamarse amor. ¿O es que el amor lo entiendes tú de modo primitivo, salvaje, ciego?

Aki miraba a Stef fijamente, como si le viera por vez primera.

— ¡Qué pensamientos más extraños los tuyos, Stef Bulkan! Estoy leyendo en tu mente y me asombro, no de lo que me dices, sino de lo que piensas. ¿Es que crees que entre tú y yo puede haber algo más que entre Jukma y yo?

—¿Por qué no?

— ¡Porque yo no soy una mujer de tu raza, como Wilma Bellamy! ¡Soy mucho más que ella!

Hubo una intensa y dramática pausa entre ambos, mientras se miraban intensamente, como enemigos dispuestos a saltar uno contra otro y empezar a destrozarse.

Al fin, con un suspiro, Stef dijo lentamente:

— Considero a Wilma Bellamy muy por encima de ti. Y no puedo tolerar que la menosprecies en mi presencia.

— ¿Te das cuenta exacta de lo que estás diciendo, Stef Bulkan? — preguntó ella.

— Sí. Siento y medito todo cuanto digo.

— Estás sumido en la más profunda de las ignorancias, Stef —replicó ella altivamente — . No se me puede hablar del modo que tú lo haces nada más que por ignorancia. ¿Sois capaces vosotros de vivir en todas las dimensiones del tiempo como yo? ¿Acaso puedes tú comprender lo que es la eternidad o la

autogeneración?

»Vuestra vida está limitada a un corto período de existencia. Debéis morir para que vivan vuestros descendientes. No alcanzáis, por tanto, ningún apreciable nivel evolutivo.

—¿No? —gritó Stef—. ¿Es que nuestro espíritu fallece y desparece al morir nosotros?

—¿Dónde has visto tu espíritu, Stef? ¿Puedes mostrármelo?

— Está en mi conciencia, en mi alma, en mi razón y en mi mente. Soy yo, en vida y en muerte. Y por todo ello, sabiendo que mi alma es inmortal, para bien o para mal, comprendo que tú eres una desalmada, y que tu única fuerza está en la razón, que es tu vida longeva. ¿Te crees superior por haber de llevar esta soledad milenaria, siempre viviendo en la obligación impuesta por quien, posiblemente haya dejado de existir?

—¿Qué estás diciendo? —gritó Aki.

— Sólo presumo, trato de comprender. Somos miembros de dos civilizaciones distintas, y la tuya parece ser más adelantada que la nuestra, a juzgar por lo que nos rodea. Sin embargo, mientras que nosotros vivimos alrededor de cien años solares, tú pareces vivir muchísimo más, y has heredado unos conocimientos que nosotros tardaremos siglos todavía en alcanzar.

»Sin embargo, tú no puedes ser eterna, porque ese privilegio sólo es de los justos, de Dios y sus fieles. Tú vivirás un billón de años, mil billones, reencarnando siempre en ti misma, pudriéndote dentro de tu aspecto siempre joven y hermoso.

»Pero nuestros espíritus, allá en la eternidad completa, te mirarán con desdén, con lástima, porque aquella es la verdadera felicidad, y no la que tú tienes aquí.

— No sabes lo que dices, Stef.

—Sí que lo sé. Pero tú no quieres comprenderme. Te dieron unas órdenes y crees estar cumpliéndolas ciegamente. Puedes recrearte con Jukma, conmigo o con otros. Tienes mucho tiempo libre en tu fácil misión.

»¿Dónde está el Infinito Poder que te envió aquí? ¿Cuánto tiempo hace que no recibes órdenes de ellos? ¡Háblame de todo eso y trata de convencerme de que hay en tus actos un designio supremo e inescrutable, como yo trato de convencerte del error de tu longeva e inútil existencia, tratando de orientar la retromutación de unas tribus que ya no pueden vivir en más salvaje estado!

»Es en el diálogo y en la comprensión donde hemos de encontrar el amor y la verdad, y no sobre esas ropas azules.

Por vez primera, Stef vio crisparse algo en las tensas facciones de Aki y supuso que sus palabras empezaban a erosionar la dureza milenaria de ella.

—Tu vida es muy corta para mí, Stef. Yo puedo prolongarla mucho más. Tengo medios que vosotros no sois capaces de comprender.

—¿Y cuál es tu objetivo, Aki? ¿Qué fin persigues? ¿La retromutación

progresiva de las tribus de Kozah, para que, pasados cien mil años, vuelvan a recuperar su civilización y su cultura y así iniciar otro ciclo de los muchos que dices haber realizado ya? ¿No es eso una necedad imperecedera?

— ¡No, me fue mandado!

—¿Por quién?

— ¡Por mis superiores!

—¿Cuándo?

— Hace millones de años... ¡Tanto tiempo que tú no lo puedes comprender ni siquiera medir!

— Ni me importa. Sé que todo eso es inútil. Y tu tiempo carece de sentido para mí. Sé que el universo entero está en continua transformación y que, de ese modo, llegará el día en que habrás de morir tú también. ¡Y de ti no quedará nada, ni tu altivez ni tu soberbia!

»En cambio de mí, quedará un espíritu limpio, eterno, inmortal...

Aki se quedó pensativa por vez primera.

CAPITULO IX

RESTOS DEL PASADO

Aki señaló un objeto extraño que había sobre una mesa de cristal.

— No habla ya, Stef —musitó.

Ambos se encontraban ahora dentro de lo que Aki llamaba su sala de trabajo y que parecía un sorprendente laboratorio electrofísico.

—¿No puedes establecer contacto con ellos?

— No.

—¿Desde cuándo?

— ¡Oh, ya he perdido la cuenta de los siglos! Al principio, cuando llegué aquí, ese aparato, llamado radiovisualizador, me ponía en contacto con los oficiales superiores del Infinito Poder. Yo tenía instrucciones de ellos, pero periódicamente debía informarles de los progresos de mi labor.

»Entonces, yo no vivía en este templo, sino en la nave que orbitaba continuamente Kozah, y la cual conservo todavía intacta, en su base secreta, oculta en la selva.

»Mucho ha cambiado este mundo desde entonces. He visto varias civilizaciones. Pero yo siempre ha permanecido en mi puesto, aun cuando mis contactos con Ekíwere cesaron hace siglos.

—¿Por qué? —preguntó Stef.

— No lo sé. Nadie ha venido a decirme lo que ocurrió en Ektwere.

—¿Y no has podido tú regresar allí, teniendo la nave con la que viniste?

—Sí, lo hice —confesó Aki, cabizbaja — . Y no encontré mi mundo.

—¿Había desaparecido?

— No lo sé. Me perdí, sufrí una desviación... No sé lo que ocurrió. El caso fue que no pude volver con los míos, ni saber lo que ha sido de ellos.

—¿Cuántos oficiales como tú puede haber en el universo cumpliendo el mismo deber que tú?

— ¡Oh, muchos!

—¿Y todos con poderes de autorregeneración?

-Sí.

—¿No has podido ponerte en contacto con alguno?

—Jamás. El universo es infinito.

— Sin embargo, si tu mundo desapareció, estalló o se desintegró, como hace suponer el silencio de tus superiores, y el que nadie haya venido jamás a explicarte lo ocurrido, ¿por qué continúas obedeciendo unas órdenes que ya no tienen razón de ser?

La pregunta de Stef Bulkan era la misma que Aki se había hecho infinidad de veces.

—Yo no sé lo que es el Infinito Poder, Stef. Tal vez el silencio sea algo distinto a lo que pensamos.

— Escucha, Aki. El único poder infinito que yo conozco está en Dios. Por

encima de Él no hay nada. Tu Infinito Poder debió ser un gobierno, junta, estado o como quieras llamarle, de un mundo que alcanzó un máximo grado de evolución. Todo esto que posees aquí, lo explica.

»Pero no existe nada eternamente, puesto que va contra las mismas leyes de la naturaleza. Y tú debías saberlo. Todo nace, se desarrolla y luego muere, tarde un segundo o un billón de años. El tiempo es una cuestión convencional. Hay moléculas electrónicas que viven sólo fracciones de segundo. Seres que viven miles de años, plantas, animales, cosas. Pero todo tiene su fin, y no importa cuál sea éste.

»Tu grandiosa civilización debió desaparecer. Y yo puedo ayudarte en eso. Tenemos un astrónomo en la colonia, que, si le facilitas un mapa de tu sistema estelar, puede decirte lo que ocurrió a tu mundo.

—¿Vosotros podéis saber eso? —preguntó Aki, asombrada.

— Naturalmente que sí. Somos una raza muy culta.

—¿Y cómo es que tú no lo sabes?

—Ya has debido comprender que nosotros estamos especializados cada uno en una materia. La mía es el estudio de la lengua, gracias a lo cual podemos entendernos tú y yo ahora. Pero hay científicos que se dedican al estudio de los astros y saben muchísimo de ellos. Actualmente, disponemos de telescopios ultralumínicos con los que podemos captar, en el curso inmutable de la luz, el momento exacto y preciso en que una estrella se desintegra y desaparece, aunque haya ocurrido hace cientos de millones de años luz.

— ¡Oh, Stef; y yo creí que erais una raza todavía en evolución!

— Naturalmente que lo somos. Siempre estamos estudiando y descubriendo cosas nuevas. Pero hace varios siglos que salimos por vez primera de nuestro mundo y hemos adelantado mucho en nuestras investigaciones.

— En Kozah se alcanzaba un punto de desarrollo y luego empezaban a declinar hasta volver de nuevo al primitivismo. ¿No os ha ocurrido también a vosotros eso?

— Es posible que sí. Ignoramos lo que sucedió antes de nuestra prehistoria. Sólo conservamos vestigios relativamente recientes. Pero hemos progresado muchísimo en los cuatro últimos siglos. Y gracias a eso estamos ahora aquí.

«Nosotros pensamos inculcar en los nativos de Kozah nuestra cultura. Nuestras leyes nos obligan a ello. Allí donde encontramos seres semejantes a nosotros, desarrollamos su inteligencia. Así ampliamos nuestro radio de acción y cumplimos el mandamiento de la Ley de Dios, de enseñar al ignorante y amar a nuestros semejantes como a nosotros mismos.

* * *

Aki empezó a transformar su mente. Por vez primera en sus muchos milenios, una conciencia nueva se apoderó de ella. Primero, empezó por

preguntar a Stef todo lo que sabía. Luego, se dedicó a enseñar a Stef todo lo que ella había aprendido.

Sin embargo, mientras los días transcurrían lentamente en el templo-palacio, algo insólito se estaba produciendo en la colonia terrestre, a orillas del lago Ulmo.

Desde la desaparición de Stef, los nativos habían dejado de hostigar a los terrestres y se mantenían alejados y ocultos en la selva, como a la espera de instrucciones.

Dax Winner había regresado en el «aircraft» al campamento y, haciendo honor a su palabra, no quiso revelar siquiera al coronel Cargrave dónde se encontraba Stef y por qué le había llevado fuera de la colonia.

Tampoco el doctor Krix quiso hablar, aunque Wilma estaba casi siempre preguntándole por Stef.

»—Está bien, Wilma. No te preocupes. El lleva su transmisor, como convinimos. Si le hubiese sucedido algo, yo habría recibido una señal. Y como esa señal no ha llegado, es que está bien.

» —¿Y por qué no dice lo que le ocurre?

»—Sus razones tendrá, Wilma. Ten paciencia. Una de las causas que yo trato de comprender, es que, en estos momentos, el tiempo tiene para él un valor distinto que para nosotros. Tal vez crea que no ha transcurrido ni un día, mientras que ya lleva ausente más de treinta.

»Quien más me preocupa es Dax Winner. Si no le contengo, un día escapará y volverá allá. Asegura que sabe cómo subir hasta la cumbre, porque memorizó y grabó todos los movimientos de Stef durante la ascensión.

»Y por otro lado, el silencio de los nativos me hace suponer que algo hemos conseguido.

» —¿Por qué no vuelven al poblado?

»—No lo sé.

La única persona que podía responder a estas preguntas era Aki. Pero estaba demasiado ocupada con Stef. Era mucho lo que aprendía del conocimiento de los navegantes siderales terrícolas, en quienes empezaba a ver a pequeños dioses, con un destino más breve, pero más completo y perfecto que el suyo propio, silencioso y oculto desde milenios.

—¿Y para qué quieres tan prolongada existencia, Aki?

—Vivir me fascina. Cada día descubro sensaciones nuevas en mi mente —replicó ella.

Se encontraban paseando por una gran terraza, en el templo. La luz artificial del sol les acariciaba la piel. Ella le tomaba del brazo.

— Esto te ocurre ahora, que yo estoy contigo. ¿Y los muchos años que has vivido en la soledad?

—Apenas si noto el paso del tiempo.

— En tal caso, tu existencia no puede ser comparada con la nuestra, porque nosotros vivimos más intensamente.

— Eso empiezo a sospechar, Stef. ¿Qué ocurriría si yo viviera como

vosotros?

— Puede que envejecieras igual que nosotros y tu tiempo quedase reducido al de nuestra dimensión tiempo-espacio.

— ¡Oh, sería horrible envejecer y volverse como Jukma!

—¿Cuál es la razón por la que vives tanto?

— Poseo un regenerador vital. Es una cámara que despide rayos invisibles, producidos en un aparato muy simple. Periódicamente, penetro en el regenerador y permanezco allí cierto tiempo. Eso hice con Jukma.

—¿Y Jukma no morirá?

— ¡Desde luego que sí! Ya le debe faltar muy poco. Si le volviera a introducir en el regenerador sólo conseguiría prolongar su existencia, pero no regenerar su organismo. Continuaría en el estado en que está mucho más tiempo.

— Creo que ha vivido demasiado. No puede moverse.

— Lo sé.

—¿Y cómo es que tú no has llegado a su estado, siendo mucho más vieja?

— Mi tratamiento es continuo. Yo no saldré jamás del aspecto que ahora poseo. Confío en establecer contacto alguna vez con mi raza.

—¿Y si tu raza hubiese desaparecido totalmente?

— Entonces... Bueno, tal vez debiera desaparecer yo también. Pero tú me has dado una nueva dimensión filosófica. Y se me ocurre que tú puedes ser descendiente de quien haya sido enviado a la Tierra en el pasado por el Infinito Poder...

—¿Debido a nuestro antropomorfismo?

— Puede ser. ¿Por qué no?

— Si se pudiera demostrar que ambos tenemos el mismo origen...

— Estoy pensando en que será interesante una entrevista con ese astrónomo de quien me hablaste.

Stef sintió latir su corazón con fuerza. Tuvo la impresión de haber conseguido, al fin, la victoria, en la lucha que le tenía empeñado desde su llegada a la cumbre del Dimraki.

—¿Quieres venir a nuestra colonia?

— No, eso no puede ser, Stef. Yo no puedo salir de aquí.

—¿No puedes? ¿Por qué?

— Este es mi mundo. Aquí tengo mis siervos. Y aquí me siento protegida. Nadie puede causarme ningún daño aquí. Pero ese hombre puede venir, igual que has venido tú.

—¿Quieres que vaya a buscarle?

Ella no respondió en el acto. Le miró con sus extraños ojos oscuros y brillantes, y luego preguntó:

—¿Y verás a Wilma Bellamy?

—Sí, desde luego.

— Siento algo extraño contra esa mujer.

—¿Sientes celos?

—¿Son celos esa sensación de temor a perderte, porque tú prefieras ir con ella en vez de estar conmigo?

—Sí, creo que son celos —confesó Stef honradamente—, Pero nosotros dominamos esos sentimientos. Estamos civilizados.

—¿No hay peligro de que ella se apodere de ti y yo te pierda?

— Sí, lo hay.

— Entonces, prefiero que no vayas.

— Es que, tarde o temprano, habré de irme. He vuelto para conseguir de ti un establecimiento de relaciones científicas e intelectuales. Te conviene y nos conviene. Pero si una vulgar cuestión de celos se ha de interponer ante tan altísimos intereses comunes, habré de irme sin demora y enviarte alguien que influya en tu corazón de modo más favorable.

— ¡Yo sólo te quiero a ti, Stef!

—Y, sin embargo, Aki, mis mejores sentimientos son para ella...

— ¡Odio a esa mujer, Stef!

— Lo siento. Será mejor que nos separemos cuanto antes.

— ¡No, no te vayas! Debemos seguir hablando. Tienes que decirme muchas cosas todavía y yo he de explicarme muchas más que tú no sabes. ¿De qué hablábamos antes de apartarnos de la conversación?

Era evidente el esfuerzo de Aki por aliviar la tensión creada por el nombre de Wilma. Stef decidió ser paciente y transigir. Después de todo, no podía quejarse de los triunfos y concesiones obtenidos.

Contemporizó diciendo:

— Hablábamos de los materiales de que están compuestos los aparatos científicos de tu laboratorio.

— Sí, materiales extraños que tu civilización no conoce. Proceden de mi mundo. Vinieron conmigo en mi nave. ¿Cuál es su origen? Ni siquiera yo lo sé, cada uno cumple una misión determinada. Nada puede fallar. Todo es inalterable. Lo que tú llamas vidrio yo le llamo de mil modos distintos, y aunque se parezca a tu vidrio no es igual ni en su formación molecular ni en su composición orgánica.

»Una lámpara tiene por misión alumbrar siempre. No se puede fundir. Por tanto, nuestros técnicos seleccionaron el material infusible y el cristal irrompible. Se trata de una técnica depurada, en la que se han superado todos los problemas.

— Nada puede fundirse, nada fallar... Y, sin embargo, parece ser que tu mundo os abandonó a vuestra suerte, dejándoos dispersos por el universo, con unos conocimientos que nadie puede utilizar en provecho de una civilización continuadora y renovadora, porque supongo que vosotros no llegasteis al fin de la verdad.

— No, desde luego. Tengo tantos enigmas como tú.

— Eres humana, Aki. Esa es la mejor prueba.

— ¿Y tú crees que yo podría... tener descendencia, como vosotros?

Stef sintió que el terreno vacilaba bajo sus pies.

— Bueno, eso no lo sé. Puede que sí y puede que no. Yo no veo inconveniente en que tengas descendencia.

— ¿Tuya, Stef?

— Es muy delicado esto, Aki. Nosotros, los mortales, debemos prevenir ciertos riesgos. Nuestra profilaxis es completa. Y yo... La verdad, Aki, no te amo tanto como para eso.

—¿Y si me amaras?

La reiterada insistencia de Aki turbó a Stef, quien trató, por todos los medios, de eludir el tema.

— Físicamente, no creo que exista diferencia entre tú y una mujer terrícola. Claro que los años modifican ciertos aspectos orgánicos. Yo no soy el más indicado para hablarte de eso. Un médico, tal vez...

— ¿Puede examinarme un médico?

— Sí. La doctora Bellamy, por ejemplo.

— ¡Ah, ella es médico! Sí, trató de atender a Jukma. Creo que no dará resultado.

—¿Qué quieres decir, Aki?

—Wilma Bellamy está muy inquieta. Capto con claridad sus pensamientos y vive obsesionada por ti. Una mujer que piensa tan mal de mí no creo que me hiciera ese favor.

—¿Lees tú los pensamientos de Wilma? ¿Desde aquí?

— Sí, con toda claridad. Mi percepción sensorial es muy grande. Sólo tengo que concentrarme un poco y penetro hasta en el subconsciente de los más recónditos pensamientos del ser que habita este mundo. Jamás he podido ir más lejos.

—¿De modo que no tenemos secretos para ti?

— No, Stef. Y por eso sufro contigo. Estás a mi lado, me abrazas y me besas, y percibo la sensación que brota de ti dirigida a Wilma Bellamy.

— La quiero, Aki.

— Sí, mucho. Ella es de tu raza, sin paliativos. Es bonita y si conociera los secretos que yo poseo, sería mucho más bonita aún... ¡No, por favor, Stef no digas nada! —suplicó ella, vehemente, poniendo sus dedos sobre los labios de él — . Nadie te comprendería mejor que yo. Gracias, de todas formas, por cuanto haces por mí.

»Sé que has pretendido dejarlo todo, incluso a Wilma Bellamy, con tal de conquistarme para tu causa y la del doctor Krix. Muy loable. Y lo bueno es que me has convencido.

»Estoy sola en el universo, realizando una misión sin sentido, rodeada de restos del pasado. Todo se ha transformado en el cosmos. Razas como la vuestra, que no existían cuándo yo nací, llegan hasta este olvidado mundo y me recuerdan que todo ha cambiado ya y que no tengo razón de existir, puesto que pertenezco a otra época ya desaparecida.

»Yo, en cambio, mujer al fin, trato de aferrarme desesperadamente a la vida. Puedo hacerlo, pero la vida que gozo es irreal. Es como existir entre

recuerdos espectrales e inexistentes con la certeza de que nada ni nadie puede resucitarlos.

»Y en esta disyuntiva me pregunto si no sería mejor renunciar a todo y tratar de hallar mi camino en el mundo espiritual de que me has hablado. ¿Tú qué opinas?

Stef no supo qué contestar.

— Pues... no sé qué... No debes, en modo alguno, morir porque haya llegado yo. De eso hay tiempo. Yo creo que deberías aceptar nuestra compañía. Dejar que vengan nuestros científicos a conocer tus secretas fórmulas. Eso daría un gran impulso a nuestra civilización, pues estableceríamos un puente entre tu ayer y nuestro hoy.

— Mi ayer que es la vez mi futuro. Curioso, Stef. Tuve miedo de Jukma, que fue el primer hombre de otra raza, distinta a la mía, con el que traté. Contigo no siento miedo. He sentido furor, desprecio, ansiedad y anhelo, pero no miedo. ¿Y si yo estuviese aquí aguardando este inevitable encuentro del destino?

— Podría ser.

— Bien, Stef. Creo que ha llegado el momento de decirlo todo. Sé que tienes un aparato de radio en tu bolsillo. Utilízalo y llama al doctor Krix. Deseo que vengan tus coterráneos. A todos los recibiré con agrado y cambiaré impresiones con los científicos... Y tú, puedes volver a Wilma Beilamy.

Stef no supo qué responder. Quedó anonadado, avergonzado de sí mismo y ruin. Sin embargó, tomó a Aki en sus brazos, y por vez primera, la besó con sincero apasionamiento.

Ella captó aquella nueva sensación y se estremeció involuntariamente.

CAPITULO X

ENCUENTRO CON EL FUTURO

— Si, Thomas; lo conseguí! —exclamó Stef, ante el micrófono, del pequeño y potente transmisor.

— ¡Oh, Stef; ya había perdido la esperanza de oír tu voz! ¿Debo, pues, felicitarte?

— No es necesario. Quiero que escuches una voz que tiene más de un billón de años.

—¿Qué dices, Stef?

Aki se inclinó sobre el transmisor, sonriendo, y habló:

— Le saludo, doctor Krix. He podido comprobar que sus conocimientos mentales son extraordinarios...

— ¡Thomas Krix no puede entenderte! —atajó Stef, mirando a Aki.

— ¡Lo estoy entendiendo todo, Stef! —replicó la voz de Krix.

—¿Cómo?

— Le hablo en «ulmo», pero empleo la telepatía hipnótica —dijo Aki—, Para mí, no es un problema entender a cualquiera de vosotros.

-¡Oh!

—¿Cómo está Wilma, Thomas?

— De eso quería hablarte, Stef. Se ha ido con Dax Winner.

—¿Se ha ido?

— Sí. Deben estar al llegar.

—¿Y cómo lo has permitido?

— Lo siento. Estaba muy nerviosa e impaciente. Ha debido convencer a Winner y acabo de enterarme que se han fugado los dos en un «aircraft».

Aki colocó su mano sobre el pequeño micrófono del transmisor y asintió con la cabeza.

— Sí, Stef. Yo lo sabía. Ella viene hacia aquí. Por eso hemos hablado de ella hoy y por eso me he decidido a «dejarme convencer» por ti. El amor y la intranquilidad ha roto nuestro falso idilio.

— No digas eso, Aki. Creo que algo ha cambiado en mí hace un instante.

— Lo he percibido también. Pero en cuanto aparezca Wilma, te olvidarás de mí... ¿No crees que el capitán Dax Winner es muy apuesto?

—¿Le conoces?

— ¡Oh, sí, naturalmente! Debemos ir al laboratorio. Tengo que retirar la cortina magnética para que puedan aterrizar con el aparato en la plataforma superior. Utiliza eso y avisa a Dax Winner. No quiero que se arriesguen a subir esta noche la escalera y cometan un irreparable error.

Stef dio instrucciones a Krix y luego cambió la onda por otra, hasta localizar el «aircraft» en el que volaban Winner y Wilma. Lo logró en un instante, mientras se trasladaba, en compañía de Aki, al salón laboratorio.

—¿Winner? ¿Puedes oírme?

— ¡Perfectamente, Stef! —exclamó la alegre voz del capitán piloto—. ¿Estás bien?

— Sí. Mi gestión ha sido muy laboriosa. Vuestra acción ha precipitado los acontecimientos. Ya está todo solucionado. Escucha, Dax: puedes atravesar las nubes, como la primera vez, y posarte delante del templo, cuyas puertas están abiertas ya para todos vosotros.

— ¡Stef! —clamó la voz de Wilma.

Stef sintió formársele un nudo en el corazón al escuchar la voz de la doctora.

— ¡Wilma, amor mío!

— ¿Cómo estás?

— Bien.

—¿Por qué no has dado señales de vida?

— No podía. Lo siento. Ahora está todo solucionado. Aki ha accedido a recibir a todo el que desee conocerla.

—¿De veras?

— Íbamos a repetir tu aventura en la escalera, Stef —habló Dax Winner.

— No es necesario. He avisado a Krix. Podéis tomar tierra en la cúspide. Aki os está esperando. Me indica que el camino está libre.

— ¡Acelero, Stef! ¡Estaremos ahí dentro de media hora a lo sumo! Ardo en deseos de conocer a esa inquietante mujer. ¿De veras es tan bella como dijiste?

— Mucho más, Dax. Y ahora que se ha vuelto humana, creo que es verdaderamente una diosa. Pero sujétate fuerte, Dax. Ha manifestado deseos de conocerte.

— ¡Oh! ¡Viva la filología! ¿Me enseñarás, el «ulmo», Stef?

— No es necesario. Aki ha hablado personalmente con Krix y se han entendido.

El instante más emotivo e impresionante fue cuando el «aircraft» se detuvo lentamente sobre la plataforma pétrea, y se abrió la escotilla. Wilma Bellamy salió corriendo hacia donde se encontraba Stef, quien también voló hacia ella, dejando a la impresionante Aki, ahora ataviada con un majestuoso conjunto exótico y engalanada con sus mejores joyas.

Mientras Stef y Wilma se abrazaban llenos de emoción, Dax Winner descendió del aparato, con la mirada fija en la impresionante figura que estaba sobre el último peldaño de la entrada del templo.

Aki también miró a Dax. Y sonrió dulcemente.

Después, ambos avanzaron despacio uno al encuentro de la otra, como si quisieran retrasar el encuentro final.

Sin embargo, se detuvieron a un metro de distancia. Dax Winner estaba ya sometido a la belleza de Aki.

— Hola, Dax Winner. Me alegro de conocerte personalmente.

— Y yo... yo mucho más —atinó a decir, Winner, extendiendo su trémula mano.

— Soy de otro mundo, pero habito en éste. No floto, no hago magia. Todo obedece a leyes naturales... Te hablo en «ulmo» y te transmito el pensamiento simultáneamente. No te sorprendas.

— ¡Estoy tan sorprendido que no me extraña nada! —replicó él.

—Ven, Dax. Quiero enseñarte el templo. Parece que Stef y Wilma desean estar solos.

Winner y Aki se alejaron hacia el interior del templo, donde tantas cosas había que el terrestre anhelaba conocer.

— Lo primero que he de hacer —dijo Aki, tomando familiarmente a Winner del brazo— es disolver totalmente la nube que cubre esta cumbre.

— Me parece muy acertado —replicó Winner—, Eso facilitará el aterrizaje.

—¿Por qué te has escapado? Sé que el coronel Cargrave está furioso contigo.

Dax Winner frunció el ceño.

— Bueno... Wilma me habló y yo... ¡Diablos, ardía en vehementes deseos de conocerte!

—Y ahora que me conoces, ¿qué te parezco, Dax?

— ¡Fascinante!

— El coronel Cargrave te perdonará, Dax. Influiré en su mente.

Dax miraba en torno suyo, aturdido. Todo cuanto veía le parecía una maravilla increíble.

—¿Quién ha construido esto?

— Los «ularsos», una tribu ya desaparecida de Kozah.

—¿Diriges tú a los nativos de este mundo?

-Sí.

—¿Y los soliviantaste para que nos atacasen?

— Sí, eso hice. Pero ahora les he ordenado que no lo hagan más.

— Hace bastantes días que no nos atacan. ¿Cómo les ordenas?

— Por telepatía. Influyo en sus mentes.

Dax se quedó aturdido cuando entraron en el laboratorio electrofísico, donde Aki accionó distintos aparatos, mientras decía:

— La nube permanente empezará a disolverse dentro de poco y la cúspide de la montaña quedará al descubierto... ¡Pobre Wilma Beilamy!

—¿Qué ocurre con ella? —inquirió Dax, sorprendió, por el cambio de conversación de Aki.

— Está celosa de mí.

—¿Eh?

— Sí. Está discutiendo con Stef. Será mejor que volvamos con ellos. Debo aclarar la situación.

Dax Winner no se opuso. Volvieron a salir y descendieron a la planta baja. Desde la entrada del templo vieron a Wilma y Stef gesticulando expresivamente.

— Stef —llamó Aki — , ¿quieres venir?

El joven filólogo se volvió, dijo algo a Wilma y ambos se acercaron a Dax y Aki, a la que Wilma miró con expresión aviesa.

— ¿Quieres presentarme a tu prometida, Stef? —preguntó Aki, con una sonrisa.

— Sí... Ella es Aki... Wilma Bellamy.

—Ya te conocía a través de Stef —confesó Aki, acercándose a la aturdida Wilma y abrazándola — . Eres muy bonita y Stef te adora.

— ¡Pues no lo demuestra! —exclamó Wilma, con enojo.

— No debes decir eso. Vino aquí dispuesto a renunciar a todo, incluso a la vida, con tal de conseguir mi ayuda para vuestra raza. Y lo ha conseguido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Wilma.

—Ya lo estás viendo, querida. Este templo se abre para los visitantes terrestres. A partir de ahora, pueden venir los científicos a conversar conmigo. Creo que tengo muchas cosas que enseñarles, aunque también haga preguntas, porque no hay nadie perfecto.

— ¡Oh! —exclamó Wilma — Yo supuse que...

— Supones bien. Sin embargo, admito mi fracaso. No he podido conquistarle. Es férreo y resuelto... ¡Un gran hombre este Stef!

* * *

Se produjeron grandes cambios en el templo de Aki en los días que siguieron, hasta que se celebró la recepción oficial, en la que «la mujer-diosa» recibió al coronel Jeff Cargrave, quien llegó acompañado de sus colaboradores más allegados.

Stef Bulkan salió a recibir a su superior, con quien ya había hablado por radio varias veces.

Cargrave estrechó calurosamente la mano de Stef y dijo:

— Debo felicitarte por tu meritoria labor, Stef... Estoy muy orgulloso de ti.

— Gracias, señor... Venga, por favor. Aki le está esperando.

Con Cargrave venía también Enry Marx, quien sonrió y apretó la mano de Stef, diciéndole:

—¿Verdad que el templo existía, Stef?

— Sí, naturalmente —contestó Stef, sonriendo.

Acababan de llegar todos en un «aircraft» de gran tonelaje.

Más de veinte hombres de ciencia acompañaban al séquito. Fue Stef quien los guió hacia el interior del templo, hasta el salón donde esperaba Aki, ataviada con sus mejores y valiosas ropas y joyas.

La impresión que causó en todos fue extraordinaria. Y la presencia de Dax Winner, al lado de Aki, no dejó de influir también de modo chocante.

— Podéis acercaros, amigos míos —habló Aki, con dignidad.

Jeff Cargrave se acercó y besó la mano de Aki, preguntando:

—¿Es cierto que tiene usted un billón de años?

—¿Y usted se lo cree, coronel?

— Eso es lo que me han dicho.

— Puede que tenga más. No lo sé. Mi concepto del tiempo es distinto del de ustedes... Es un placer que una oficial del Infinito Poder reciba ahora a los representantes de una raza dominadora y valiente... ¡Me han hecho ustedes admirarles!

— Gracias, señorita Aki.

La aludida sonrió ante el tratamiento que le dio Cargrave.

—¿Señorita?

— Parece usted muy joven.

— Muy galante, coronel.

Cargrave se inclinó y luego procedió a presentar a Aki a todos sus acompañantes, confiriéndole a cada uno su título técnico o científico, hasta que Dax se inclinó sobre ella, diciéndole:

—Ahora viene Raymond Dostry, el astrónomo.

Efectivamente, un hombre de larga cabellera se inclinó ante Aki, y la saludó ceremoniosamente.

Aki le miró de pies a cabeza y le preguntó:

—¿Puede usted decirme qué fue de mi mundo, doctor Dostry? Yo le mostraré un hemisferio estelar y le indicaré cuál es Ektwere.

—Trataré de complacerla, señora —replicó Dostry muy dignamente.

Aki hizo un gesto a Dax, quien presionó un resorte oculto en el asiento en que estaba sentado. Inmediatamente, el salón se oscureció y en el techo, como convertido ahora en bóveda celeste, apareció algo así como un planetario, con todas las constelaciones del firmamento.

— Mi mundo es el que se encuentra en aquel extremo, señalado con un círculo azul.

Ante el asombro de los presentes, que no esperaban una reproducción tan exacta del firmamento, todos quedaron con la boca abierta, excepto el astrónomo Dostry, quien observó:

— Es singular como este hemisferio no coincide con los nuestros, dado que está tomado desde el mundo de origen de usted. Sin embargo, las posiciones relativas de las grandes estrellas datan de tiempos inmemorables.

—¿No puede usted decirme cuál es mi mundo?

—Sí, por supuesto —contestó Dostry, gravemente—. Nosotros lo tenemos clasificado como CGTN-512, en los mismos confines del universo, situado a cien mil millones de años-luz. Y, desde luego, es un mundo ya desaparecido, aunque todavía continuemos recibiendo su luz.

En el silencio del salón, todos pudieron captar un profundo suspiro, emitido por los labios de Aki.

—Soy hija de un mundo muerto —declaró lentamente.

Dax Winner se apresuró a pulsar de nuevo el resorte y hacer desaparecer el hemisferio celeste de la bóveda del techo, mientras decía al astrónomo Dostry:

—Ya te dejaré examinar esas cartas celestes, Dostry. Son extraordinarias y

ampliarán tus conocimientos del cielo en épocas pasadas. Ahora, debemos ayudar a Aki a sentirse feliz entre nosotros.

Enry Marx tenía una pregunta que le quemaba los labios. Y no perdió tiempo en hacerla.

—¿Es usted un ser religioso?

—Ahora, sí.

—¿Qué quiere decir?

—Que antes no lo era. Pero ahora, sí.

Marx quedó aturdido.

—¿Cómo se entiende eso?

— Habrá usted de estudiarlo a fondo, doctor Marx. Mi raza obedecía a unas leyes imperiosas. Teníamos algo, a lo que llamábamos el Infinito Poder, que era el símbolo de todos nuestros actos.

«Obedeciendo las leyes del Infinito Poder, vine yo a este mundo. Y aquí he permanecido hasta que llegaron ustedes. Ignoraba el concepto moral místico de ustedes. Fue Stef Bulkan quien me lo hizo ver.

»Ahora, creo que es justo y necesario amar a Dios y confiar en la existencia espiritual eterna, porque de lo contrario, la vida inmortal carece de sentido, debido al desconocimiento del factor tiempo-espacio.

»Yo vivía como suspensa en el tiempo. Podía medirlo. Controlar el pasado, día a día, era imposible, porque un período cíclico de cincuenta mil años, podía transcurrir para mí como para ustedes transcurre una semana.

»Ahora, todo ha cambiado. La doctora Beilamy me ha reconocido intensamente y opina que soy una mujer normal, joven, y que si acepto la presencia y costumbres de ustedes, mi vida se deslizará a su mismo compás y ritmo... Dicho de otra manera, cuando para ustedes hayan pasado veinte años, para mí también.

»Y es mi propósito contraer matrimonio con el capitán Dax Winner. Estamos seguros de poder tener descendencia.

En un extremo del salón, Wilma y Stef, agarrados de la mano y sonriendo, escuchaban las palabras de Aki.

Estaban enterados de todo.

Y ellos también iban a pedir al coronel Cargrave que les uniera en matrimonio, «para bien o para mal, hasta que la muerte decidiera separarles».

Aki continuó hablando. Stef y Wilma abandonaron subrepticiamente el salón y fueron a besarse en uno de los corredores...

FIN

BOLSILIBROS TORAY



CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS EN AMERICA

EDITORIAL AMERICA, S. A.

2180 S. W. 12 Avenue - MIAMI, FLA. 33145 U.S.A.